

CORRESPONDENCIA

TIERRA SANTA

Las Misiones católicas y el Sagrado Corazón

Con laudable celo trabajan los misioneros católicos para establecer en Oriente el reino del Corazón de Jesús, y Jerusalén, que ha visto correr la sangre del Sagrado Corazón, no puede permanecer extraña á este culto de reparación y de amor. Ciertamente, si hay una ciudad que deba reparar los ultrajes hechos al Salvador Jesús, ¿no es la ciudad deicida que, en día de espantoso delirio, lo crucificó entre dos criminales? Por esto se celebra todos los años en Jerusalén una novena de reparación en la capilla de las Religiosas de María Reparadora. Con motivo de esta novena, el Secretario del Patriarcado latino de Jerusalén y Director diocesano del Apostolado de la Oración, escribe un relato del cual extractamos lo siguiente:

ESTA novena ha realizado este año el deseo de San Pablo: *Omnis lingua confiteatur*: «Toda lengua confiese que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios su Padre.» En efecto, todas las lenguas han venido sucesivamente á repetir las gran-

El último día celebró la Misa de Comunión general el reverendísimo Padre Vicario de Tierra Santa. Por la tarde tuvimos el consuelo de oír la ardiente palabra de un apóstol del Sagrado Corazón, el M. Rdo. Padre Etchecopar, superior general de los Padres del Sagrado Corazón en Betharram. Finalmente, por privilegio especial, se dió la bendición papal á la multitud que llenaba la capilla y sus alrededores.

El efecto moral producido por esta novena lo resumimos en dos palabras: nosotros hemos visto á los herejes y á los cismáticos venir á estos piadosos ejercicios, y podemos afirmar sin temor que esta novena, hecha todos los años en tiempo fijo, contribuye maravillosamente á establecer el reino del Corazón de Jesús, y secunda admirablemente las palabras del Divino Maestro: «Yo reinaré, á pesar de mis enemigos.»

Tengo la convicción que tanto en Jerusalén como en otras partes, la gran cuestión que debe dominar todas las otras es el reinado del Corazón de Jesús. Citaré un solo hecho en su apoyo.

Hace diez años, estaba encargado de una Misión bas-



TÚNEZ.—Una calle de la ciudad de Túnez. (Pág. 39)

dezas de la Eucaristía, y á ofrecer al Corazón de Jesús fervorosas reparaciones.

El éxito ha sobrepujado nuestras esperanzas. Las diversas Ordenes religiosas existentes en Jerusalén, Dominicos, Franciscanos, Lazaristas, Padres de la Asunción, Padres de Sión y Misioneros del Sagrado Corazón han enviado sus predicadores á las funciones de la tarde. Cada día rodeaba el altar una corona de sacerdotes y de Religiosos.

El domingo, á pesar de la fría lluvia y de ciertas diversiones recientemente introducidas en Jerusalén, los hombres llenaban la capilla. Después del Rosario, rezado á dos coros, y un sermón en la lengua del país, se cantaron en árabe las letanías de la Santa Virgen y un himno al Santísimo Sacramento.

Año I.—N.º 2

tante ingrata. Apenas si siete ú ocho hombres asistían á los Oficios. Tomé el partido de escribir los nombres de los recalcitrantes, de colocarlos al pie de una imagen del Corazón de Jesús, expuesta en la iglesia, y de recomendarlos á su amor. Al día siguiente, sábado, veintisiete cabezas de familia asistieron á la Misa, y el domingo, cuarenta.

Espero enviaros más tarde otros detalles del progreso del Apostolado de la Oración en Palestina.

«Entre tanto aprovecho esta ocasión para rogaros inscribáis entre las parroquias agregadas al Apostolado de la Oración la parroquia de Gifneh, diócesis de Jerusalén. Según la tradición, desde Gifneh volvieron María y José á Jerusalén para buscar al Niño Jesús, que había quedado en el Templo sin que lo supiesen. El celoso mi-

45 Enero 1893

sionero, Rdo. Sanino, después de haber inaugurado en su iglesia dos imágenes del Sagrado Corazón y de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, ha establecido ya los dos primeros grados de la Liga del Corazón de Jesús, y no tardará en establecer el tercero.

ARMENIA

Conversiones en la diócesis de Marache

Consolador es el movimiento que tiempo ha viene acercando al verdadero redil de Jesucristo las cristiandades orientales extraviadas en el cisma. La siguiente carta que con fecha 29 de Junio de 1892 nos escribe el Ilmo. Avedis Turkián, obispo armenio católico de Marache, interesará ciertamente á nuestros lectores, y atraerá sobre aquella diócesis, sumamente pobre alguna preciosa señal de simpatía.

ME tomo la libertad de dirigir á Vds. estas breves noticias sobre la diócesis de Marache, cuyo obispo soy hace dos años. Mi predecesor, el Ilmo. Clemente Micaelián, de feliz memoria, murió el 14 de Marzo de 1890, y fui elegido para la sede vacante y consagrado por el Ilmo. Esteban Azarián Pedro X, patriarca de los armenios católicos, en Constantinopla, el 16 de Noviembre de 1890, después de la aprobación de la Santa Sede.

Desde mi entrada en la diócesis el 21 de Marzo de 1891, he estudiado la triste situación de la misma y el estado de la Misión en todos sus aspectos.

La ciudad de Marache, llamada en otro tiempo Germaniccia, está en el límite de la Siria y la Cilicia, y dista ciento doce kilómetros de Alejandreta. El clima es templado, el suelo fertilísimo y las aguas abundantes, pero los productos no corresponden á esta abundancia y fertilidad, pues los habitantes se dedican poco á la agricultura á causa de su pobreza. De las cuarenta mil almas que contiene, veinte mil son musulmanes, y diez mil armenios no unidos. Los armenios católicos llegan á ocho mil en toda la diócesis, y los protestantes á tres mil.

Empezó á propagarse el Catolicismo en Marache el año 1858. Su primer obispo fué el Ilmo. Pedro Ape-lián, á quien sucedió el Ilmo. Clemente Micaelián.

Esta ciudad posee una sola iglesia en deplorables condiciones, y tan mezquina que no puede contener á todos los fieles en los días de fiesta. Una casa vieja, de madera, hace las veces de morada episcopal y parroquial. Contigua á esta habitación otra casita, compuesta de diez aposentos, sirve para nuestras Religiosas, que se dedican á la educación de los niños. Además hay dos escuelas pequeñas para niños y niñas, ambas en pésimo estado. En la capital tenemos siete misioneros y seis Hermanas, y en los alrededores tres misioneros.

En el resto de la diócesis hay cuatro Misiones:

1.^a En el pueblo de Zeitún, que dista de Marache veintiocho kilómetros: los habitantes, en número de seis mil, se dividen en cinco mil armenios no unidos, setecientos armenios católicos, doscientos protestantes y cien musulmanes. A pesar de que esta Misión católica data del año 1867, hasta el presente no tenemos allí iglesia ni escuela, mientras que los armenios no unidos y los protestantes poseen magníficas iglesias y flore-

cientes escuelas. La casita de madera que nosotros habitamos está distribuida en varias piezas para residencia y capilla: ésta sólo puede contener la mitad de los fieles.

2.^a En el pueblo de Albistán, distante unos sesenta y cinco kilómetros de Marache: de los diez mil habitantes, quinientos son armenios no unidos; trescientos cincuenta armenios católicos recién convertidos; doscientos protestantes, y ocho mil ciento cincuenta musulmanes. Esta Misión que data, como la anterior, del año 1867, también carece de iglesia, y una casita sirve de capilla y de habitación para los misioneros.

3.^a En los pueblos de Bunduk y de Gabén, á sesenta kilómetros de Marache: no hay allí musulmanes. El primero cuenta trescientos setenta y cinco armenios, trescientos de ellos no unidos. En Gabén hay mil cuatrocientos no unidos y cien católicos recién convertidos. Esta doble Misión comenzó en 1882. En Bunduk tenemos dos reducidos aposentos, uno para capilla y otro para habitación del misionero, que de vez en cuando visita á sus ovejas de Gabén, donde celebra la Misa y administra los Sacramentos en una casa particular.

La miseria en Marache, especialmente en sus alrededores, es inaudita. Gran número de habitantes carecen de ocupación para ganarse el sustento, pues no hay oficios ni comercio. Los naturales son buenos, sencillos y morigerados, y una vez convertidos pueden citarse como modelos de adhesión y obediencia á sus pastores.

Gracias al cielo no han sido infructuosos los trabajos de los misioneros, pues desde el año 1858, en que empezó á propagarse en estos lugares el Catolicismo, han ingresado en el redil de Jesucristo unas ocho mil almas. Nuestros animosos misioneros todo lo han sobrellevado, indigencia y contrariedades de parte de los armenios no unidos y de los protestantes, para salvar á sus hermanos. No cabe duda que su celo hubiera atraído millares de almas al seno de la Iglesia, á contar con recursos suficientes. Apenas llegué á Marache la primera vez, hubo en todas partes extraordinario movimiento de conversiones. En Zeitún cuarenta familias abrazaron el Catolicismo, y muchas otras los han imitado más tarde. No pudiendo ahora la capilla contener á todos los católicos, los más antiguos se quedan á la puerta durante la Misa y la predicación, para dar lugar á sus hermanos recientemente convertidos. Unos y otros me piden un vicario, una iglesia y dos escuelas para niños, asegurándome que la mayor parte de los armenios no unidos serían católicos si atendiésemos estas demandas.

En los dos pueblos de Bunduk y Gabén hemos sido testigos de la misma emulación santa que en Zeitún. Los católicos del primero han venido á suplicarme que funde dos modestas escuelas para sus hijos; y los de Gabén piden un sacerdote permanente, y la construcción de una capilla y dos escuelas, dando las mayores seguridades de que todos los armenios abrazarán la fe católica si se les garantiza la celebración de la Misa, la administración de los Sacramentos y la educación de sus hijos. Es una gracia enteramente especial que haya católicos en Gabén. Han permanecido firmes en la fe sin párroco, capilla ni escuela. Cier-to que muchos de ellos, no teniendo facilidad para cum-

plir sus deberes religiosos y educar á sus hijos, han vuelto al cisma, pero están dispuestos á entrar de nuevo en la Iglesia católica.

En Albistán la pieza destinada á la celebración de los Divinos Oficios conviene sustituirla desde luego, pues en invierno por el frío, y en verano por el calor, se hace insoportable la permanencia en ella. Muchos disidentes abrazarían la Religión católica si se dotase á la población de capilla y escuelas. Diversos pueblos de los alrededores de Marache me piden con vivas instancias que les envíe misioneros.

Los habitantes de Mehal, cerca de Zeitún, me han presentado un escrito firmado por sesenta familias armenias no unidas, suplicándome las admita en la Iglesia católica. Ciento cuarenta familias del pueblo de Fene, que dista siete horas de Marache, me piden igualmente que les abra los brazos. Por último, los habitantes de Habache, de Yarpusa, de Deyermen-Dereci y de Chivilghili hacen las mismas instancias.

Pero si en los pueblos en que estamos instalados no me es posible atender á lo más indispensable por falta de recursos, ¿cómo podré abrir nuevas Misiones? ¿cómo atenderé á las necesidades espirituales de mis compatriotas? Esta idea me atormenta de continuo. En los primeros días de mi episcopado reflexioné maduramente sobre lo que debía hacer para descargo de mi conciencia, y Dios me inspiró recurrir á la caridad de los europeos. Sí, los europeos, siempre generosos, vendrán á nuestro auxilio, y salvarán á millares de extraviados, los confirmarán en la fe, y cooperarán conmigo á la salvación de las almas.

TUNKÍN MERIDIONAL

La persecución.—Martirio y heroica constancia de tres cristianos indígenas.

El Ilmo. Pineau, de las Misiones Extranjeras, vicario apostólico del Tunkín Meridional, nos envía la siguiente carta, en la que refiere cómo los mandarines persiguen á los nuevos cristianos con los más fútiles pretextos, á fin de tener motivo aparente para ensañarse contra ellos, y de este modo excitarlos á la apostasía.

No es otro mi propósito al escribirle á V., que referirle para edificación de sus lectores algunos hechos que prueban con la mayor evidencia que la gracia de Dios es tan abundante y fecunda ahora como en los primeros siglos de la Iglesia. Por la misericordia divina no se ha extinguido aún la raza de los mártires y confesores.

El 10 de Abril último en la cristiandad de Son-la, prefectura de Anh-son, un catecúmeno llamado Chung firmó una carta de apostasía, y levantaba ya su casa para volver á instalarse entre los paganos, cuando algunos le hicieron observar que antes de partir era justo satisficiera sus deudas. Enojóle sobremanera esta advertencia, y desde luego resolvió vengarse.

Por aquel entonces aceptaban con gusto los mandarines cualquier acusación que se les presentase contra los cristianos: sus satélites recorrían los pueblos con cartas de apostasía, amenazando á los neófitos y publicando en todas partes que un edicto secreto del tribunal ordenaba que apostatasen todos los que habían abra-

zado la Religión durante el reinado de los dos últimos monarcas Dong-Khanh y Thanh-Thai.

Chung, que estaba al corriente de estas disposiciones de los representantes de la Autoridad, dirigióse á la prefectura, y acusó á los cristianos de haberle impedido levantar su casa, sustrayéndole además vestidos y otros objetos de poco valor. En épocas normales los asuntos de esta índole se someten al juicio del alcalde ó todo lo más del jefe de distrito. Pero el mandarín, ex-jefe pirata muy temido, andaba á caza de quejas contra los cristianos.

Aunque fundada hacía un año apenas, la cristiandad de Son-la había resistido á todas las amenazas, y en la acusación de Chung vió el mandarín ocasión propicia para dar un golpe maestro. Envió, pues, un pelotón de soldados con orden de prender á los primeros cristianos que le viniesen á mano. Por la persuasión ó los tormentos se proponía obligarlos á que declarasen que los jefes de la cristiandad eran los autores del pretendido robo. Con este falso pretexto los encarcelaría, y aprovecharía el tiempo de su prisión para obligar á los demás fieles á que apostatasen.

El 13 de Abril los soldados del mandarín prendieron á Don, Dué y á un muchacho de diecisiete años llamado Phe, y los condujeron á la prefectura.

El día 16 mandó el mandarín que le presentasen los presos. Compareció primero José Phe, mas después de breves preguntas y algunos latigazos, lo volvieron á su prisión. Pusieronlo en libertad al cabo de diez días; pero en la infección de aquel hediondo calabozo contrajo una enfermedad parecida á la lepra. Su cuerpo estaba cubierto de repugnantes llagas, y á pesar de los desvelos de su anciano padre, de quien era hijo único, acababa de morir con los sentimientos de la más ardiente piedad.

Terminado el interrogatorio de José Phe, llamóse á Miguel Don.

—Se te acusa de haber robado vestidos á Chung.

—Nada le he quitado, gran mandarín; y él mismo lo sabe perfectamente. Pero como, aunque no soy rico, tengo sobrado para vivir, consiento en dar á Chung lo que reclama, mas no á título de restitución, sino de limosna.

—¿Qué trazo es éste que llevas al pecho?

—Mi escapulario, gran mandarín.

—Árrójalo, y te pondré en libertad.

—Gran mandarín, podéis cortarme la cabeza; pero yo apretaré siempre este escapulario contra mi corazón.

Don yacía en el suelo, con los pies y las manos fuertemente atados y sujetos á dos postes.

—Este hombre es un insolente, aulló el mandarín. ¡Ea, soldado, golpéale!

Y el soldado, agitando el látigo con viveza, lo hace silbar en torno suyo y golpea al prisionero con todo el vigor de su brazo. A los primeros latigazos Don se agita, se retuerce, se levanta y vuelve á caer; mas el verdugo continúa impasible su tarea.

De súbito Don, fortalecido por la gracia, resuelve recibir los golpes sin hacer el menor movimiento: corre la sangre, la carne se desgarras, y la pobre víctima no da señales de vida.

El mandarín, asustado, dice al verdugo:

—¿Detente! ¿ha muerto acaso?

El soldado se inclina; mas Don levanta la cabeza diciéndolo:

—Vivo aún; puedes continuar.

—Toma de nuevo el látigo el verdugo, y prosigue su triste oficio. Momentos después Don, haciendo un violento esfuerzo, logra desasir una mano, y tomando un trozo de carne sangrienta la arroja á los pies del mandarín.

—¿Cómo? exclaman los soldados llenos de enojo, ¿te atreves á echar tierra al gran mandarín?

—No es tierra; vedlo vosotros mismos.

Y tomando otro pedazo de carne, se la muestra.

Un soldado, conmovido, entre compasivo y colérico le dice:

—¿Insensato! ¿no comprendes el propósito del gran mandarín? Firma el papel de apostasia, y todo estará terminado; respondo de ello.

—¿Qué consejo me das, hermano! exclama el valiente confesor. Tú nada sabes de la Religión: yo la conozco algo... Caer de lo alto del cielo para continuar viviendo en la tierra... ¡eso nunca!

Y prosiguió la tortura. Cuando el paciente hubo recibido ciento treinta golpes, el mandarín, desesperando obtener lo que quería, le hizo volver á la prisión, donde le dejó más de un mes.

El 17 de Abril empezó el interrogatorio de Dué, repitiéndose la escena de la víspera: á la acusación de un robo de vestidos, siguió la propuesta de apostasia y la enérgica negativa del cristiano.

Furioso el mandarín, ordenó le azotasen con mayor crueldad que al primero.

Algunas mujeres cristianas que acudieron de Son-la para dar comida á los presos, derramaban un mar de lágrimas al ser testigos de tanta injusticia y crueldad. Los soldados les decían:

—Continuaremos así hasta que dejéis de proferir: *Amén Jesu*, esto es, hasta que habréis abandonado vuestra Religión.

Y prorrumpían en toda suerte de imprecaciones contra ella, y contra los misioneros y cristianos.

Entre tanto Dué, tendido en las losas del tribunal, se revolvía en contorsiones nerviosas que le causaron anchas heridas en el pecho y la frente, mientras que el verdugo le daba repetidos golpes. El fervoroso cristiano persistía negándose á apostatar; sus fuerzas lo abandonaron, y perdió el conocimiento. Entonces lo trasladaron á la cárcel para que recobrase fuerzas, á fin de someterle á nuevo interrogatorio.

Este, ó más bien el suplicio, continuó el día siguiente: el mandarín se propuso esta vez echar el resto para vencer la enérgica resistencia de Dué, pues confiaba que á su apostasia seguiría la de muchos cristianos. El verdugo le golpeó tan sin piedad, que la parte herida convirtiéndose en una masa de carne despedazada y de aspecto repulsivo. El paciente había recibido doscientos treinta latigazos.

Volviéronlo á la prisión privado del uso de todos sus miembros, y como á consecuencia de tantas torturas se le declaró un violento acceso de disenteria, los carceleros, á fin de desembarazarse de un infeliz cuya presen-

cia les era intolerable, lo arrastraron al patio exterior, dejándolo al borde de un estanque.

A Dué sólo le quedaba ya un soplo de vida; sin embargo, su boca pronunciaba aún algunas oraciones. Padecía horriblemente; mas Dios, á quien con tanto valor había confesado, no dejaba de fortalecerle.

Larga debió parecerle la noche, durante la cual no le prestaron el menor auxilio. A medio día presentóse su mujer, que le traía el acostumbrado alimento, y al verle en situación tan lamentable, su dolor no tuvo límites: no desesperando, empero, de salvarle, quiso llevárselo á Son-la.

El mandarín la mandó llamar, y le dijo:

—¿Es éste tu marido?

—Sí, gran mandarín, respondió anegada en llanto.

—Pues bien, añadió aquel monstruo, firma este papel atestiguando como te he hecho entrega de tu marido.

La pobre mujer firmó, dando así una garantía al mandarín, que en todo caso podía decir: Lo entregué vivo á su esposa; si murió, ella es la única responsable.

Algunos hombres lo transportaron en una camilla á Son-la, donde llegaron á las cuatro. El misionero que allí se encontraba apresuróse á administrar los últimos Sacramentos al moribundo, que espiró á las seis, después de haber dado á sus compatriotas el ejemplo de una fidelidad invencible hasta la muerte.

Era el día del Patrocinio de San José: este gran Santo recibiría en el cielo á la noble víctima y la ofrecería al Señor como grato homenaje para el bien de la Iglesia en general y del Tunkin Meridional en particular. De esperar es que la sangre vertida sea semilla fecunda que produzca opima cosecha.

Al parecer, Dios ha bendecido ya la constancia del confesor y mártir cuyos tormentos y muerte acabo de referir, pues este año hemos tenido el consuelo de bautizar á cuatro mil adultos, que podemos añadir á la cifra de nuestros setenta y ocho mil cristianos.

Si las almas buenas de Europa continúan socorriéndonos con sus fervorosas oraciones y limosnas, espero que, con la gracia de Dios, llegaremos á transformar el Tunkin en una cristiandad digna, por su virtud, de las que florecieron en los primeros siglos de la Iglesia.

FERNANDO POO

Rescate de niñas africanas

El Rmo. P. Armengol Coll, C. M. F., prefecto de las Misiones de Fernando Poo, escribe desde Santa Isabel, con fecha de 17 de Octubre de 1892, al Rdo. P. José Mata, procurador de aquellas Misiones:

Muy amado Padre: Después de vencidas gravísimas dificultades, hemos comenzado la obra de la redención de niñas. ¿Qué de obstáculos pone el enemigo de la salvación para toda obra de caridad que nos proponamos llevar á cabo! No bien había llegado á España la carta en que manifestaba á V. la situación de las niñas, cuando me escribió el malogrado P. Casasas, superior de Elobey, pocos días antes de morir, diciendo que, á pesar suyo, se había visto obligado á

entregar á sus compradores dos de ellas, una de las cuales era cabalmente la que con tantas ansias me había pedido el bautismo. ¡Pobre muchacha! Eran desgarradores los gritos que daba, asegurando que conocía el genio del hombre con quien había de ir, y que se veía expuesta á pagar con la muerte la resistencia que dos veces, en días anteriores, había hecho al querer él llevársela. No hemos podido averiguar qué ha sido de ella.

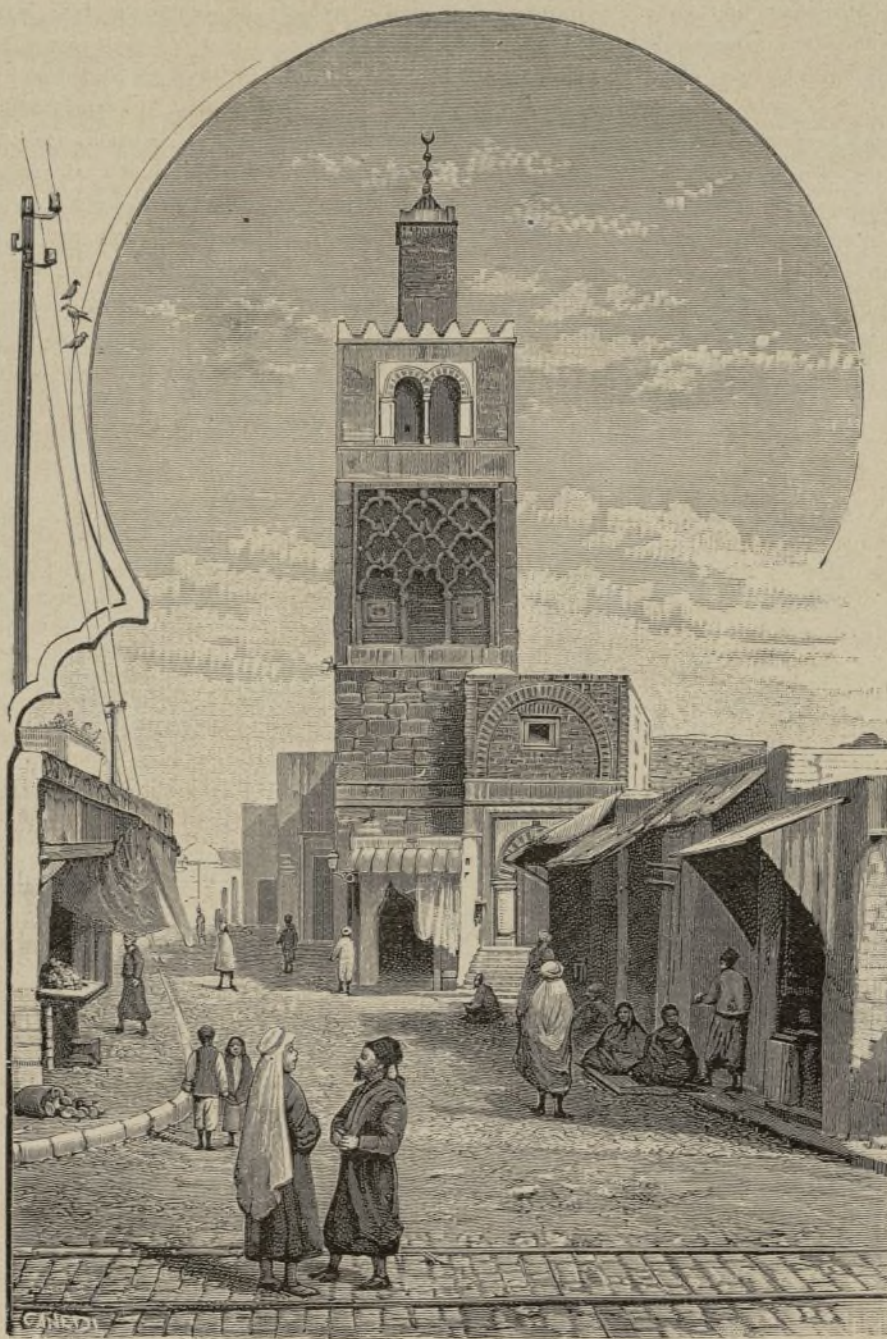
A esto se añadió que los reyezuelos, al saber la resistencia que oponían las niñas á su regreso, negáronse á traer otras para ser educadas; por lo cual nos hemos visto obligados á tomar otro camino, y es valernos de los mismos jóvenes que han estado en la Misión, de los cuales desconfiamos menos que de nosotros en este punto, y así tenemos en vía de rescate tres, además de las dos rescatadas.

Una de éstas merece particular mención. Siendo aún muy niña, fué bautizada en Corisco por los Padres Jesuítas, á instancia sin duda de la madre, mas como el padre no era cristiano, dispuso de su hija, como de las demás, entregándola á uno de los primeros protestantes de la isla, que actualmente tiene unas catorce mujeres. Lo que ha sufrido la pobre y las lágrimas que ha derramado sólo Dios lo sabe. Largo tiempo ha que importunaba al difunto P. Orriols le libraba de su esclavitud, y el referido Padre (que en más de una ocasión me había hablado con gran sentimiento de este caso y de otro análogo) no podía hacer más que exhortarla á la paciencia y darle alguna esperanza.

Tan pronto como supo la resolución de algunas almas bienhechoras de redimir á las niñas que se hallaban en condiciones como la suya, comenzó á asistir mañana y tarde á la Escuela de las Religiosas en calidad de externa, ansiando llegara el día de romper el lazo que la detenía, para quedarse interna. No es para describir la persecución que con esto se le levantó: todas las otras mujeres del prohombre, protestantes

como él, lanzaban cada día dicterios, bur-las, sarcasmos de toda especie, tales cual saben ellas hacerlo: á esto se añadía de vez en cuando una buena paliza, que el desapiadado comprador le daba,teniéndola fuertemente atada á una estaca. A pesar de todo, ella continuaba en asistir á la escuela cada día. Entramos luego en tratos con él para su redención, y le preguntamos cuánto había dado por ella: al día siguiente se presenta con un cuaderno en que tenía escrita una larga lista de taparrabos, escopetas, botellas, platos, hierros y otros géneros, que ascendían, según el precio á que aquí se compran, al valor de unos ciento cincuenta duros. Asegurónos la mu-

chacha y algunos otros indígenas fidedignos, que no era tan subido el precio que habían dado á su padre, pues nunca se da tanto aquí por mujer alguna; pero no lo podían probar, y henos aquí en otra dificultad. Propusimos darle trescientas pesetas en plata, y pagárselas en el acto, confiando que, viéndolas al ojo, se conformaría; mas no quiso, alegando que era costumbre entre bengas devolver en especie lo mismo que se había dado.



TÚNEZ.—Mezquita de Becemkia, (Pág. 21)

Al fin determinamos entregarle lo que pidió, confiando que podremos redimir algunas otras por menos precio; temo, no obstante, que los poseedores abusarán exigiéndonos, si no el quintuplo de lo que les cuestan las niñas, como en el caso referido, bastante más de lo que fundadamente pensábamos.

El 7 del actual por la mañana se verificó el contrato, con escritura firmada por ambas partes, y por la tarde se hizo la entrega de la niña, previa la ceremonia de lavarse las manos y el pie derecho tanto el comprador como la que dejaba desde entonces de pertenecerle, la cual, con todo lo que tenía (esto cabía en una pequeña caja de madera), pasó á vivir como interna en el Colegio de las Hermanas Concepcionistas, con propósito, si se le permite, de no salir más de aquel retiro, hasta que haya de tomar estado. Se llama Filomena.

Por lo cual, no habiendo en los bienhechores que han dado las limosnas, ninguno que haya propuesto ese nombre, hemos aplicado á este rescate parte de la limosna de mil pesetas que para el rescate de seis niñas dió entre los primeros D. Rafael Angulo, sin expresar los nombres que debían llevar.

Sirva, pues, de satisfacción á dicho Sr. Angulo el considerar como ahijada suya á la buena Filomena, que tanto ha sufrido por su amor á la pureza y á la Religión católica.

Á la segunda niña, natural de Elobey Grande, se le impondrá el nombre de Juana, conforme á los deseos de la persona piadosa de Madrid que entregó cuatrocientas cincuenta pesetas para tres niñas, una de ellas Juana.

He aquí, reverendo Padre, el comienzo de una obra que sin duda ha de ser de mucha gloria para Dios, pero de no pequeñas dificultades.

¡El Señor continúe favoreciéndonos con su poderosa gracia, para sacar de la esclavitud á las pobres niñas, y ponerlas en vía de salvación!

ÁFRICA ORIENTAL

La persecución en Uganda.

Conocidos son ya los graves acontecimientos que han puesto en conflagración al país que se extiende al Norte del Victoria-Nyanza. La siguiente conmovedora carta que desde la estación alemana de Bukoba (Kiziba), con fecha de 10 de Febrero de 1892 envía el venerable vicario apostólico Ilmo. Sr. Juan José Hirth al ilustrísimo Livinhac, vicario general de la Congregación de Misioneros de Argel, expone en todos sus detalles el plan de guerra ya desde mucho tiempo preparado, y hábilmente puesto en ejecución, para arruinar la obra floreciente de los misioneros católicos. Entristece sobremanera ver á qué odiosos atentados arrastra el fanatismo, el espíritu de partido y la ambición.

ACABA de representarse en Uganda un drama horrible. Los católicos, ya mucho tiempo há perseguidos, han sido víctimas de la traición y expulsados, con el rey Mwanga á la cabeza, el Obispo y diecisiete Padres misioneros. Esto ha sido obra de los protestantes, sostenidos por agentes de la Compañía inglesa. En vez del floreciente reino católico de Mwanga, hoy tenemos allí el imperio de la Media Luna gracias á los ingleses, que lo han querido así para encontrar un rey á quien dar el país conquistado. Página

histórica llena de ignominias, y contra la civilización del continente negro, que debe atribuirse á los predicadores protestantes y á la Compañía inglesa del África Oriental.

Libre del naufragio de la Misión por especial Providencia, llego á Bukoba al partir el correo para el Mediodía, después de haber vagado tres semanas por las islas del lago y las costas de Buddu. No puedo escribir una carta; pero por lo menos debo darle inmediatamente noticia de nuestras desgracias desde el 23 de Enero.

Ya sabe V. la historia del Catolicismo en Uganda desde hace tres años, y cómo durante el destierro en Usagara quisieron los protestantes formar grupo separado, dando así nacimiento al partido protestante, y por lo mismo al partido católico, y cómo después ambos dividieron el país de Uganda, distribuyéndose por igual los cargos y distritos, sin considerar que los protestantes no eran ni la mitad del número de los católicos.

Sabe V. la lucha que siguió al reparto del país, más ruda cada día. Unieronse y se mezclaron la religión y la política, sin que pudieran los misioneros separar estas cuestiones. Con diabólica malicia aceptaron los protestantes el pabellón de la Compañía inglesa desde que apareció en Uganda, y les sirvió de punto de unión contra los católicos, queriendo imponerlo á Mwanga y á todo el pueblo. Diez veces se pidió al Rey que aceptase esa bandera, y él lo rehusó otras tantas por culpa de los mismos protestantes, que no ocultaban desear por ese medio apoderarse de todo el reino, lucrar cuanto pudiesen é imponer su religión.

El Rey, antes de implantar esa bandera en Uganda, hubiera deseado que la conducta de los oficiales ingleses del fuerte le sirviese de garantía en favor de uno y otro partido. Sucedió todo lo contrario, y apareció manifiesto el plan de destruir la autoridad real y el prestigio de su partido. Menudeaban los ataques de los protestantes á los católicos, apoyando á los primeros el fuerte inglés; las sentencias más justas del Rey eran burladas si contrariaban á los protestantes; arrancóse por fuerza á Mwanga la mitad de las islas Sesé con las armas inglesas, contra las reclamaciones unánimes del país, y á pesar de la indignación de éste intentóse asesinar al mismo Soberano, y se protegió á los asesinos.

No pudiendo apoderarse de los importantes cargos confiados á los católicos, llevóse la guerra á las provincias. Contando siempre con el apoyo del fuerte destruyéronse pueblos, se amenazó con la muerte á todos los jefes católicos, especialmente á Kimbugw, defensor de sus intereses, y que había de apaciguar las disensiones con Cipriano el *Kauta* (intendente de la corte) y con el jefe militar Gabriel Mujosi. También recibí yo una carta conminatoria firmada por el mismo Katikiro. Hacía mucho tiempo que no iban nuestros cristianos al fuerte inglés, día y noche sitiados por los protestantes.

En Enero recibieron allí provisiones de armas y municiones, al mismo tiempo que el capitán Lugard regresaba de Unyoro. Había encontrado á las antiguas tropas turcas del Bajá, que iban á Bukoba enviadas por Emin. Detúvolas Lugard, trató con ellas, y dejó más

de la mitad en Unyoro para molestar á Kaberega, régulo del país, con algaradas continuas, y trajo el resto á Mengo, que así se halló con siete ú ochocientos hombres agueridos.

Formó sus planes el capitán con el mayor secreto. Había que acabar con los católicos, más numerosos de día en día. Hacía un mes que Mwanga profesaba abiertamente la fe, y venía, por lo menos una vez á la semana, á nuestra Misión de Rubaga los domingos, con toda su corte, para asistir solemnemente al sermón, pareciendo se declaraba en su favor todo el pueblo.

Enfurecíanse los protestantes, y según se dice inspiraron al capitán sus actos de violencia.

La anarquía reinó durante quince días, menudeaban las muertes y robos de armas, sobre todo en contra de los católicos.

El capitán Lugard quiso ser juez de uno de estos procesos; tratábase de un jefe protestante muerto en la hacienda de un católico, contra quien guiaba una banda de foragidos armados hasta los dientes y provistos de teas incendiarias. Palpaban la verdad, mas nadie quería reconocerla.

Mientras parlamentaba el fuerte con el Rey para obtener lo que llamaba justicia, repartía de noche centenares de fusiles de la tropa inglesa; ya lo había hecho días antes en la capital de Pokino, en el Buddu.

Estalló el volcán el domingo 24 de Enero. Por la mañana se rompió el fuego, y á las dos de la tarde dos nuevos disparos dieron la señal. Respondieron los católicos. Del primer golpe derribaron á Sembera-Makay, uno de los siete diáconos protestantes que disparaba su fusil contra los nuestros. Trabóse entonces horrible pelea en el espacio de dos leguas cuadradas que ocupa la capital.

Desigual fué el combate, por no haber proporción entre las fuerzas de ambos partidos: los católicos debían sucumbir vencidos por los protestantes, armados todos con fusiles. Pero los católicos luchaban por la fe y por la patria, y el derecho les daba fuerzas. Ya días antes se habían preparado á morir, viéndose arrojados del país, y querían intentar el postrer esfuerzo para lograr que triunfase la justicia.

Duró como media hora esa lucha á muerte. Batiéronse los nuestros con el valor de desesperados. Cayeron los jefes los primeros, y se les retiró del campo, lo que desconcertó algo el combate. Pero el Mujosi acudía á todas partes para infundir valor y poner en fiel la balanza. Cinco veces seguidas, con su hueste, saltó como leopardo herido sobre las bandas protestantes, acorralándolas en las cercanías del fuerte inglés. Siempre vencía; nadie podía á resistirle. Por quinta vez asaltaba el fuerte bajo el fuego de dos ametralladoras Maxim, que diezmaban á sus guerreros. Mas se detuvo; faltábanle municiones, como á los snyos, después de agotar sesenta y ocho cartuchos. Replegóse sobre el palacio del Rey para llevarse á éste con toda su corte. Los católicos estaban vencidos.

Salió entonces del fuerte el capitán Williams con un cuerpo de nubios para recoger los despojos. Ya estaba evacuado el cuartel real, abandonado por Mwanga con más de dos mil personas. Los nuestros, replegándose en buen orden lo llevaron al lago á diez kilómetros. El

capitán Williams se contentó con mandar arriar el pendón real; pudo impedir el incendio de algunas casas, y luego trató de perseguir al Rey, á quien con extrañeza no había hallado en el palacio. Renunció pronto á ello, replegándose sobre nuestra residencia de Rubaga.

Entre tanto, ¿qué era de nosotros, apostados en la colina? Dios había hecho un milagro. Dos horas antes del combate nos ofreció el capitán Lugard llevarnos á su residencia y enviar soldados que por el camino nos escoltasen en cuanto descubriésemos el fuerte, del que distábamos cuarenta y cinco minutos. No era aceptable la proposición, corriendo el riesgo de ser sacrificados en el camino y de dejar detrás la Misión como objeto de saqueo. Por eso pedimos algunos soldados que en Rubaga nos defendiesen. Bastaba su presencia, pues hubieran sido respetados. Ya por dos veces, en ocasiones análogas, disfrutamos de tal auxilio, que se nos negaba ahora, aunque no á la Misión británica.

Quedaron, defendidos por Dios, solos nuestros neófitos con las armas de la Misión apostólica en el llano para alejar á los incendiarios; retiráronse los misioneros con mujeres y niños á una casa de tierra que nos servía de almacén, y nuestro único edificio concluido, cuya techumbre se había puesto el día antes. Alrededor extendíanse nuestras chozas, todavía por desgracia cubiertas de paja, y cerca una inmensa iglesia, aún no terminada.

Nuestra fe era lo que perseguían los protestantes; así atacaron la Misión y la iglesia. Valientes defendiéronse nuestros niños, aunque solos; pero fueron arrollados por la turba contraria. Francisco Gogé, nuestro médico, herido de bala en el corazón, cayó en tierra. Otro, Cipriano, antiguo servidor vuestro, fué herido en el muslo, y los demás quedaron dispersos. En un momento fué Rubaga presa de las llamas, y el espanto se apoderó del ánimo de los fieles creyendo á sus Padres muertos, porque sabían cuánto los odiaban los protestantes. Dos veces sufrimos un verdadero bombardeo en nuestra pobre y terriza cabaña. Cercábanos el fuego, y casi ardíamos vivos. ¡Con qué lágrimas rezábamos el Rosario sacerdotes, mujeres y niños! ¡cuántas oraciones elevábamos al Señor!

Allí estaban algunos catecúmenos aún no bautizados, niños que habían visto caer á su lado á los catequistas, y que entre balas y llamas no podían llegar á nuestra Misión. Allí fueron bañados en las sagradas aguas. Absolví á todos los cristianos y misioneros, y recibí la absolución del Padre Superior. ¿Qué nos quedaba que hacer? Morir.

Ignorando, con todo, nuestros agresores que nos habíamos retirado entre las llamas, se alejaron para perseguir y dar caza á otros cristianos. Cesó el fuego de fusilería. ¿Qué iba á ser de nosotros en nuestra cárcel de fuego? Los merodeadores, inmensa bandada de buitres que cae sobre todos los campos de batalla en Uganda, se acercaron, y fuimos descubiertos, pero inspiró temor nuestro número. Alejáronse los enemigos, sin duda para buscar refuerzos. A través de la negra humerada que envolvía toda la capital quemada, dos de nuestros niños se sacrificaron para llevar al fuerte un billete im-

plorando los sentimientos de humanidad del capitán Lugard, deponiendo antes sus armas y armándose con la señal de la cruz. Partieron conducidos por su Angel custodio. Una hora después llegaba el capitán con sus tropas. Salváronse nuestras vidas, después de pasar dos mortales horas rodeados de llamas.

Al salir, no hallamos sino ceniza por todas partes. Enterramos á nuestro pobre Francisco, desnudo y medio quemado, y junto á él á Luekula, otro jefe católico, mientras nuestros soldados comían la carne asada de nuestros rebaños, quemados en los establos. El capitán dejó una guardia para custodiar algunos objetos que habíamos dejado en el almacén. Llenos de tristeza, los prisioneros tomaron la vía del fuerte inglés, entre los insultos y silbidos de los protestantes, ya dueños del campo de batalla.

En el fuerte se nos trató bien dos días. Allí el capitán parlamentó con el Rey, refugiado en el famoso islote de Bulligugwé. Queríase restituírle el trono si aceptaba el pabellón de la Compañía, que es el protestante, y daba á los partidarios de ésta los principales cargos de los católicos.

El 26, los misioneros recibieron permiso para dejar el fuerte y pedir al Rey que regresase. Una escolta nos acompañó hasta Munyuyu, país que hallamos absolutamente desierto. ¡Cuánto nos felicitaron nuestros neófitos al vernos libres del fuego y de las balas!

El Rey no podía pensar en volver á Menga; hubiera sido esclavo de los protestantes. Los católicos tenían que escoger entre la apostasía, la muerte ó el destierro. Reunía su gente de todos los pueblos en tanto que se parlamentaba y preparaba los barcos que debían llevarlo á Buddu. Pero adelantaba poco en sus trabajos.

Viéronse el 30 algunos barcos de Sesé, en los que debían marchar los misioneros. La víspera los Padres

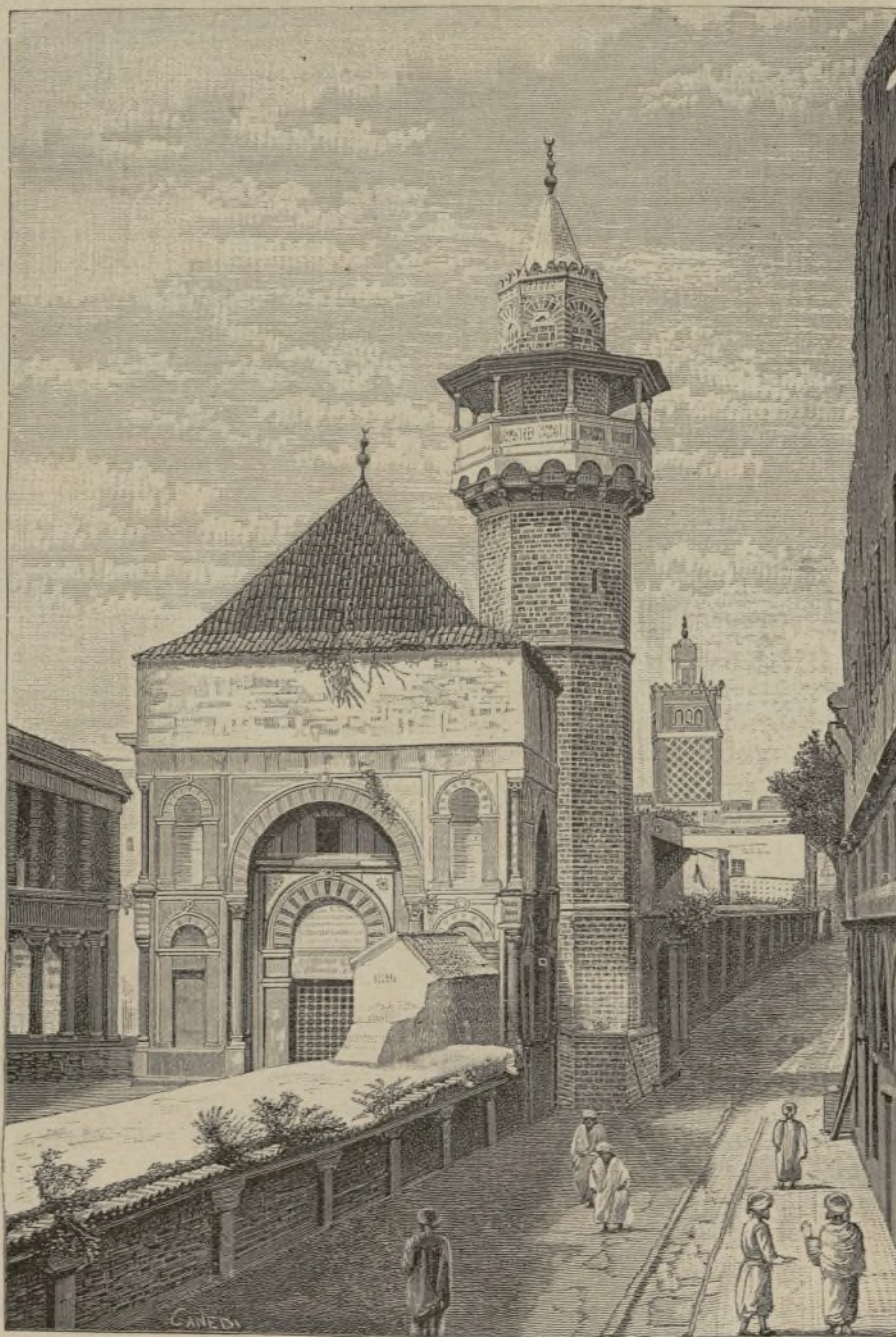
Breas y Toulze se habían embarcado, cada uno en su piragua.

Estábamos á las orillas del lago, custodiando los objetos de nuestra propiedad más preciosos ó más indispensables. Pasé á ver al Rey cinco minutos para despedirme, y caminando vi unos quince barcos, que á toda fuerza de remo se aproximaban á la isla. Cuando estuve junto al Rey sobrevino una granizada de balas, que rebotaban con horrible estrépito en la maleza. Despedíalas la ametralladora Maxim, cuyos fuegos se combinaban con los de los barcos, llenos de soldados.

El Rey me tomó de la mano y me llevó consigo. Si allí no perecimos, fué porque nos

cubrió el escudo del Señor. Con nosotros huían muchas mujeres y niños. ¡Cuántos cayeron!

Nosotros hubiéramos llegado á la isla, donde no podían alcanzarnos las balas. Mas allí sólo vimos alguna que otra piragua, y como tres ó cuatro mil personas que se arrojaban al agua para embarcarse. ¡Qué gritos, qué disparos, qué naufragios! Empujaron al Rey hacia una barca; yo hube de seguirlo, sin poder pensar en



TÚNEZ.—Mezquita de Bab-el-Djira. (Pág. 21)

los seis colegas que en pos de mí dejaba. Pronto estuvimos en salvo. Desde el lago contemplábamos las llamas que denunciaban al enemigo dentro de la isla. Disputósele el terreno palmo á palmo; allí estaban Gabriel con el resto de nuestros valientes, Fundi, Kangao, Kaggo, todos los pajes del Rey, agrupados en la costa de la isla y perseguidos por las balas hasta la noche.

¿Y los Padres? No los he vuelto á ver. Hanme dicho que desde los primeros tiros se precipitaron á los barcos; mas sólo quedaba uno: hicieron subir á los cristianos, pero tantos fueron éstos, que la barca se rompió por un costado, y entonces todos resignáronse á morir. Dicese que fueron al encuentro de los agresores, rehusando mezclarse con los combatientes. Pudieron entregarse á los bagandas sin ser heridos, y éstos, por un resto de humanidad, se contentaron con despojarlos, y les quitaron hasta los sombreros. Hacer esto con un europeo bajo el sol del Ecuador, es exponerlo á una insolación mortal. Hasta los niños fueron completamente saqueados y arrastrados al agua hasta las

primeras barcas y dejados en el continente, donde encontraron, según creo, al capitán. Llevados al fuerte, en él quedaron prisioneros. A favor de la noche, cuantos quedaron vivos en la isla escaparon en los barcos.

Yo bogaba triste por el lago, alejándome poco á poco, ya que nuestro barco, asaz cargado, amenazaba zozobrar á cada momento, sepultando la última esperanza de Uganda, á su Rey y á su Obispo. Salimos con pena

del puerto, dejando todo el país víctima del incendio, y hace veinte días que no se ven donde quiera sino llamas. ¿Qué expiación necesitáis, Señor, para obtener la conversión de este querido pueblo?

Pasados una noche y un día en al agua, sin reposo, sin alimento, llegamos á Sesé, donde dejé al Rey que

prosiguiese solo su camino hacia el Sur del Buddu, y pensando yo en la salvación de los postreros colegas que me quedaban, tanto en el mismo Buddu como en Sesé. Todos juntos, y poco á poco, tomamos el camino de Kagera y de la frontera alemana, ya no destierro, sino nueva patria para nosotros, porque una inmensa emigración, á partir de las fronteras del Unyoro y orillas del Nilo, nos sigue hace muchos días. Todo el Buddu se ha convertido en una provincia católica, y se ha expulsado de allí á los protestantes, diez veces más numerosos que los nuestros.

¿Cómo terminará para nosotros tan espantosa prueba? Esto Dios lo sabe. En El

confío y en los Santos Mártires de Uganda, á quienes no cese de invocar. Humanamente hablando, no hay en qué esperar; todos estamos dispersos, y han muerto muchos jefes. Queríase matar á todos, según el señor Ashé, ministro anglicano, para hacer protestante á todo el pueblo. Han sido destruidas nuestras estaciones, nuestras iglesias quemadas, y las mujeres y niños hechos cautivos á millares. Jamás hicieron tanto ni



TÚNEZ.—Catedral de San Luis. (Pág. 40)

los musulmanes mismos. Los bautismos aplazados; más de cinco mil personas acababan su preparación de cuatro años, y había cerca de cincuenta mil catecúmenos.

Pero estoy seguro de que Dios resucitará la fe en el Nyanza á pesar de los esfuerzos de la Compañía del Africa Oriental para someternos al yugo de la Media Luna. Las últimas cartas del capitán Lugard á Mwanga amenazan á éste con dar el Uganda á Mboge, rey de los bagandas mahometanos. Lógico es que los protestantes lo prefieran; ¡mas ¡ay! tantas conferencias en Europa no han dado más fruto en beneficio de los pobres negros! Si Mwanga hubiese estado libre hace un año, no habría aquí reinos musulmanes, ni tráfico de negros. Pero esto no favorecería los intereses de los oficiales de la Compañía inglesa. Uno de ellos me decía poco ha: «Entre las tres confesiones conocidas en Nyanza, protestantes, católicos y musulmanes, prefiero á estos últimos.» Para éstos se han construido en el fuerte mezquita y escuela. La ceguedad le hace hablar así contra los católicos; pero no deja de atacar á los protestantes, cuya moral es tan baja como la de los mahometanos, y además todos se han hecho furiosos fumadores de cáñamo. (El cáñamo produce los deplorables efectos del opio).

Según las últimas noticias no se quiere dejar á Mwanga en el Buddu. Se le aconseja que no dé oídos á los sacerdotes católicos, y Pokino dice que sobre todo no me atienda á mí. Dios sabe que jamás tuve más intereses que los de nuestra santa fe.

Dignese V. responder á las calumnias que contra nosotros se propalen, é implorar para nosotros la compasión de los fieles, pues hemos perdido mucho. No pedimos velocípedos ni tragos de *champagne*, como los *reverendos*, sino que no nos falte lo necesario. Van ya tres semanas que no he podido celebrar la Misa, ni rezar con el Breviario.

No hay que culpar demasiado á los oficiales ingleses, á quienes fácilmente han seducido los bagandas impulsados por los *reverendos*. Si no hubiese perdido en la isla mis papeles, hubiera podido darle mi correspondencia con el fuerte inglés. Las calumnias contra nosotros propaladas no tienen cuento.

No pasaré de Kiziba, y allí esperaré con mis colegas los sucesos. Aun ignoro cómo podré libertar á los prisioneros. Adjunta va una carta del P. Guillermain, que se halla con los PP. Levesque, Houssin, Moullec, Gaudibert y el H. Amans, en el fuerte de Kampola, faltándoles todo. Rogad mucho por nosotros, *ut superabundemus gaudium in omni tribulatione nostra*.

Sólo esto sentimos todos: no haber sido juzgados dignos de la palma de mártires, aunque todavía no hay que perder toda esperanza.

Hable V. de nosotros al Cardenal, nuestro venerado Padre, exponiéndole nuestra situación, y pidiéndole, como á Su Santidad, bendiciones especiales para los nuestros. Ya tenemos mártires que hablarán á su tiempo.

IGLESIA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS EN LONDRES

GRACIAS al Señor empiezan á tener efecto los ardientes votos de los Padres Salesianos establecidos en la capital de Inglaterra. La capilla que les sirve de iglesia parroquial es insuficiente para el número de fieles cada vez mayor que con devoción ejemplar concurren á la misma. La necesidad de construir otra más capaz era manifiesta; pero la falta de recursos con que tienen que luchar allí las obras católicas, imposibilita que se lleven á cabo aun las que prometen más opimos frutos. Por fin, habiéndose encontrado sitio conveniente, puesta la confianza en Dios, y haciendo un llamamiento á la caridad de los cooperadores salesianos, decidióse llevar adelante la obra, y el 3 de Agosto último se puso solemnemente la primera piedra de la nueva iglesia.

Dióse el mayor esplendor posible á la ceremonia, tanto para consuelo de los católicos, como para dar á conocer á los sectarios la majestad de nuestro culto. Adornado convenientemente el local, llenóse de fieles y aun de protestantes atraídos por la curiosidad. Los sacerdotes Salesianos asistieron al ilustrísimo señor obispo Butt en todas las ceremonias prescritas por el Ritual. El acto fué imponente. Cerca de tantos templos de distintas sectas, cada una de las cuales pretende anunciar la verdadera doctrina de Jesucristo, el templo católico en nombre de la Iglesia parece decirles: «Vosotros sois de ayer, y mi origen es antiguo como el mundo.» La unidad, perpetuidad y santidad de la Iglesia, recordadas en las oraciones que el señor Obispo recitaba en alta voz, acusaban la desunión, inestabilidad y esterilidad de las trescientas sectas que dividen á Inglaterra, y que son como vástagos áridos y estériles de la viña del Señor.

Terminada la función, el señor canónigo Akers pronunció un discurso en el que manifestó cuán grande era el beneficio que la Divina Providencia dispensaba á aquel pueblo, y cuán ardiente era su afecto á la Pía Sociedad fundada por D. Bosco.

Los trabajos se prosiguen con grande actividad, y los Padres Salesianos confían que no tendrán que suspenderse á pesar de su penuria. Los devotos del Sagrado Corazón no dejarán de acudir en su auxilio, á fin de que se conquisten allí muchas almas para el cielo.

Considerable es el bien que han hecho ya dichos Padres por medio del Establecimiento que dirigen en el barrio de Battersea. A más del Colegio para internos, en el cual se preparan varios alumnos á recibir las sagradas órdenes, unos quinientos niños asisten á las clases para externos. ¿Quién puede calcular todo el bien que estos quinientos discípulos habrán hecho al cabo de algunos años, sobre todo si se tiene en cuenta que el Protestantismo camina rápidamente á su ruína, y que las divisiones y subdivisiones de sectas se multiplican de día en día, á la vez que, especialmente en la clase proletaria, desaparece el odio al Catolicismo?

Inglaterra puede considerarse hoy día como el antiguo Imperio romano, y es indudable que su conversión reportaría á la Iglesia tan grandes ventajas como las

que obtuvo con la conversión de aquél en tiempo de Constantino.

Esfuércense, pues, los buenos católicos en ganar hijos para la Iglesia, favoreciendo á la juventud pobre, y prestando al efecto protección decidida á los Hijos de D. Bosco. Nadie deje de concurrir á la obra de regeneración. Ofrezca cada uno su óbolo más ó menos modesto según su posición se lo permita, ó por lo menos dé la limosna de la oración fervorosa y del buen ejemplo.

EL CONGRESO EUCARÍSTICO DE JERUSALÉN

EL Obispo de Lieja (Bélgica), en calidad de presidente del Comité permanente de las Obras de los Congresos Eucarísticos, ha dirigido una cariñosa invitación á los periódicos para que recomienden con toda eficacia á la caridad de sus lectores y á la de todos los católicos la Obra de los Congresos Eucarísticos, á fin que contribuyan según sus medios en favor de la Asamblea general que deberá celebrarse este año en Jerusalén.

El Presidente del Comité manifiesta además haber recibido de S. Ema. el cardenal Rampolla una afectuosísima carta, fechada en Roma el 2 de Noviembre, en la cual se hace constar que, deseando Su Santidad dar una nueva prueba de su vivo deseo de que tenga el más feliz éxito el próximo Congreso, se suscribe por la suma de mil pesetas.

Declara el dignísimo Prelado de Lieja que una de las formas más necesarias y meritorias del sacrificio es la limosna, y que sólo con la limosna se puede subvenir á los gastos crecidos del Congreso Eucarístico de Jerusalén. «Por esta razón, añade, nos permitimos solicitar su concurso en favor de la Asamblea general de las Obras Eucarísticas de Jerusalén, y suplicamos á todos la lectura de estas líneas para que tomen parte en esta subscripción.

«Gracias á estos donativos, termina diciendo el Obispo de Lieja, será posible posible contribuir á los gastos de viaje y permanencia en Jerusalén de los Obispos y misioneros orientales que desean vivamente ir al Congreso, pero que, viviendo la mayor parte del pan de la caridad, no pueden si no se les ayuda. También podremos así dar un paso decisivo en favor de la unión, objeto tan deseado de los cristianos de Oriente y de Occidente.»

Las subscripciones deberán enviarse á Mr. de Pélerin, delegado del Comité del Congreso de Jerusalén, boulevard Gambetta, núm. 13. Nimes (Francia).

He aquí ahora el Breve de Su Santidad el Papa León XIII dirigido al Prelado de Lieja:

«LEÓN XIII, PAPA

«Venerable Hermano, salud y bendición apostólica.

«Fácil os será comprender que no hay, por decirlo así, género alguno de consuelo que nos cause más satisfacción, en medio de las tristezas de los actuales tiempos, que ver el ardor de los fieles en honrar y pedir

al Pastor Eterno de la Iglesia, principalmente en el augusto Sacramento, en el cual nos favorece con su presencia y está siempre dispuesto á recibir las oraciones de su grey.

«También hemos experimentado gran alegría con la carta que nos escribisteis el 23 de Abril último, en nombre del Comité permanente encargado de convocar y propagar los Congresos de las Obras Eucarísticas, carta en la cual se nos informa que, después de los siete Congresos celebrados hasta hoy en las diversas ciudades de Europa, se celebrará el octavo en la ciudad de Jerusalén en el año próximo.

«Tal designio nos parece muy prudente, y su realización producirá frutos saludables. No hay, en efecto, lugar que convenga mejor á las solemnes sesiones de los Congresos de esta clase que la Ciudad Santa, en la cual Nuestro Señor instituyó esta prenda admirable de su amor, y se pueden esperar preciosas ventajas del impulso que se dé á la piedad de los fieles de Oriente para el aumento del culto del más santo de los Sacramentos.

«Por otra parte, Nos estamos persuadidos de que todos los que se dirijan á la Ciudad Santa, ó que tomaren parte en ese Congreso, pedirán sobre todo á Dios que reuna en la integridad de una misma fe y se nos unan con los lazos de una caridad perfecta los pueblos de aquellas regiones que, aunque separadas de Nos, llevan el nombre de cristianos.

«Además, los favores espirituales sacados de los tesoros de la Iglesia que Nos os hemos concedido hace dos años, con ocasión de esta reunión, Nos los concedemos con gusto y en las mismas condiciones, como nos los habéis pedido, para el octavo Congreso que se celebrará en Jerusalén.

«Entre tanto Nos pedimos á Dios que cubra con su protección y colme con la abundancia de sus gracias esta noble empresa y la piadosa solicitud que vos y el Comité permanente despleáis para asegurar el éxito. Nos os concedemos afectuosamente á vos, venerable Hermano, á nuestros queridos hijos los miembros del Comité, al clero y á todos los fieles confiados á vuestra tutela, la bendición apostólica.

«Dado en Roma el 3 de Mayo de 1892, décimoquinto de nuestro pontificado.

«LEÓN XIII, PAPA.»

FANATISMO JUDAICO

En carta que el Rdo. P. Fr. Ángel Ullibarrí, menor observante, dirige desde Damasco el 20 de Octubre de 1892 al reverendo Padre Director de *El Eco Franciscano*, dice lo siguiente:

HABÍA leído y oído repetidas veces que uno de los crímenes que se imputaban á los judíos en España y que el pueblo aducía sin cesar como uno de los motivos más poderosos porque debía verificarse su expulsión, era el infanticidio. A decir verdad, nunca hallé la más mínima dificultad en creer delito tan horrendo, viéndolo confirmado por irrefragables testimonios.

No me acontecía lo mismo con otro hecho que también se les atribuía; el de servirse de la sangre de sus inocentes víctimas para confeccionar el pan ácimo de que hacen uso en su Pascua. Es cierto que no hallaba argumentos que la contradijesen y que no ignoraba el odio satánico que siempre han profesado al nombre cristiano; mas á pesar de todo, siempre hallaba cierta dificultad en persuadirme á que llegase su salvajismo hasta alimentarse de sangre humana. Esto, en mi concepto, era rebajarse al nivel de los antropófagos, y me parecía demasiado. En resumidas cuentas, que sin saber apenas por qué, recibía siempre esta noticia algo así como á beneficio de inventario. Y ¿quién sabe? acaso hubiera permanecido en este estado toda mi vida si no hubiera tenido la inmerecida dicha de visitar estas benditas re-

bérseles sorprendido después en otro atentado, y sobre todo la historia del martirio, que así puede llamarse, del Rdo. P. Fr. Tomás de Calangiano, oída referir por los contemporáneos al tiempo en que tuvo lugar, disiparon por completo mi duda. Con todo eso, acaso no hubiera tomado la pluma para escribir sobre este asunto, si no hubiera caído en mis manos el otro día el número del *Oriente Seráfico*, correspondiente al 31 del pasado mes.

Al hojear las páginas de tan excelente Revista publicada por nuestros Religiosos en Santa María de los Angeles, cuna gloriosísima de nuestra Seráfica Orden, observé un título que decía: *El rito hebraico de sangre*. Estas palabras picaron mi curiosidad, la cual me indujo á leer con atención aquel párrafo. En él se des-



ÁFRICA CENTRAL. — Camelleros del Alto Egipto. (Pág. 43)

giones de Oriente, tan infestadas por los miseros descendientes de Jacob. Y digo tan infestadas, en primer lugar, porque son muchísimos, y después, porque aquí más que en otros países se entregan á sus acostumbradas mañas. Por esta causa, era imposible encontrar un punto más á propósito, ó para confirmarme en mi duda ó para disiparla completamente. Y esto último es lo que aconteció muy pronto.

Vine, en efecto, á Damasco, en donde se han distinguido siempre los hebreos por su fanatismo en la observancia de sus prescripciones talmúdicas, y he aquí que apenas se hablaba aún de otra cosa en toda la ciudad, que de un niño de nuestra propia escuela á quien habían dado estos pérfidos cruelísima muerte poco tiempo antes. Este caso que se probó hasta la evidencia, el ha-

cibía lo que estará cansado de saber V. R., es decir, el valiente reto lanzado por el *Osservatore Cattolico* al *Corriere della Sera*, proponiéndole diez mil liras si lograba destruir los argumentos aducidos por el primero, á fin de demostrar la matanza talmúdica ritual de que son culpables los hebreos. Al leer esto, y mucho más aún al observar á continuación que no faltó quien recogiese el guante, siquiera fuese para volverlo á dejar, no pude menos de resolverme á decir algo de lo que aquí ha pasado sobre el asunto. Pero advierto ante todo, que si bien según el Talmud, necesitan de sangre cristiana (1) los judíos para celebrar debidamente su

(1) Se dice por aquí, que cuando no pueden ó no creen conveniente coger un niño cristiano se apoderan de algún turco, y después de bautizarlo por sí mismos lo sacrifican como de costumbre.



SU EMINENCIA EL CARDENAL LAVIGERIE

(Véase pág. 44)

Pascua, no es condición indispensable el que sea precisamente de niños. Si se sirven ordinariamente de la de éstos es porque los consideran inocentes, y no quieren en manera alguna mezclar su pan con la de aquellos á quienes tienen por culpables. Por lo demás, el caso que voy brevemente á referir prueba hasta la evidencia que puede servir para sus fines la sangre de cristianos adultos, con tal que sean juzgados justos y sin pecado.

Erase el año de 1840. Había en aquella sazón en esta ciudad un convento de Padres Capuchinos contiguo al hospicio de Tierra Santa, residiendo en él el reverendo P. Fr. Tomás de Calangiano, misionero apostólico y religioso de gran virtud. Era además médico muy distinguido, y visitaba indistinta y desinteresadamente á cuantos le solicitaban en sus enfermedades. Por esta causa era de todos muy conocido, y sumamente estimado hasta de los mismos turcos. Un solo ejemplo será más que suficiente para demostrarlo.

Sabido es lo extremada y hasta ridículamente celosos que los secuaces de Mahoma son de sus mujeres. Lo primero que hacen al entrar un hombre en casa, sea éste quien fuere, es darlas aviso para que se retiren, sin que les sea en manera alguna permitido ni aun siquiera dejarse ver. Pues bien, esta ley tan rigurosa sufría excepción en el P. Tomás, á quien le era permitido hasta conversar con ellas y servirles de médico. Y si esto acontecía con los mahometanos, fácilmente se comprende lo que pasaría con los cristianos. Aun hoy día no hablan de él sino con el más profundo respeto, y se creen felices los que tuvieron la dicha de conocerle. Para inmortalizar su memoria le dedicaron la calle del barrio cristiano, que partiendo de la puerta del Norte de la ciudad, pasa por delante de nuestro convento y del sitio en que estuvo el que él habitó.

Pues bien, á este hombre tan santo y sabio dieron horrible muerte, mejor dicho, prolongado martirio los pérfidos hebreos, el 5 de Febrero del sobredicho año. Creo que es lo sumo á que pudo llegar su audacia, pues necesariamente debían comprender el gran peligro á que se exponían. Y lo comprendieron sin duda; pues temiéndose algo del sirviente del referido Padre, que apenas notó su falta se fué á buscarlo por las casas de los mismos judíos, lo amarraron también y le hicieron experimentar la misma suerte que su amo. Con esto creyeron quedar ocultos, cuando no hicieron otra cosa que descubrirse más y más. El pueblo, en efecto, que tan pronto como notó la falta de su tan querido P. Tomás, comenzó á sospechar vivamente de los judíos, se confirmó más en su sentir cuando vió desaparecer inmediatamente al que andaba buscándolo por el barrio de los hebreos. Entonces su indignación hacia la raza maldita apenas reconoció límites. El gobernador de la ciudad, que estimaba como el primero á tan buen Religioso, tuvo bastante en que entender para evitar atropellos, y él mismo tomó el negocio por su cuenta. Instruyó inmediatamente el proceso contra los judíos, y no tardó mucho en descubrir toda la trama. Convencidos éstos de su doble crimen, lo confesaron terminantemente, y declararon sin rodeos, *que habían dado muerte al P. Tomás, no sólo en odio de la fe de Cristo, sino además para proporcionarse la sangre cristiana de que tenían necesidad para celebrar la Pascua según*

su rito; y que habían matado al otro para no ser descubiertos. Esta declaración jurídica creo que no puede ser más perentoria. Los documentos auténticos de todo este ruidosísimo proceso se conservan íntegros en París, en el Ministerio de Negocios Extranjeros. Puede verse también esta causa en un libro, bastante raro por desgracia, del que se conserva un ejemplar en la biblioteca de nuestro convento de San Salvador en Jerusalén, y cuyo título, fielmente traducido del italiano, es como sigue:

«Relación histórica del P. Juan Bautista de Mondo-ví, misionero apostólico capuchino, que contiene el compendio de la vida del P. Tomás de Calangiano de Cerdeña, misionero apostólico capuchino; el proceso verbal dirigido contra los hebreos de Damasco en el año 1840, á consecuencia de la desaparición de dicho Padre y de Ibrahim Amarah, su sirviente; las notas explicativas, las piezas jurídicas y la correspondencia oficial y privada relativa á este proceso, con otros documentos históricos y hechos diversos igualmente concernientes á los hebreos. Un volumen en 8.º; tercera edición, Marsella, 1852.»

Y ahora se me preguntará: ¿qué castigo recibieron los infames reos de tales crímenes después de convictos y confesos? Pues ninguno, ó casi ninguno, como tantas veces acontece, sobre todo aquí en Oriente; soltaron una suma fabulosa de miles de duros para sobornar á las Autoridades turcas, y todo quedó arreglado. El único que se mostró fiel fué el bajá de esta ciudad que instruyó el proceso, y estimaba como á un verdadero amigo al P. Tomás. Pero ¿qué podía hacer contra las órdenes de Constantinopla?

DE CARTAGO AL SAHARA

POR EL Rdo. P. BAURÓN, MISIONERO APOSTÓLICO

III

Cartago saqueada. La Marsa.—Topografía de Cartago.—Riqueza del Museo.—Sidi-Bu-Said.—Arrabal de Megara.—Basílica de San Luis.

LATE mi corazón al oír el nombre de Cartago, que me inspira más curiosidad é interés que las costumbres y formas particulares de la sociedad musulmana.

Con vivo entusiasmo registro las huellas de tantas generaciones púnicas, romanas, bizantinas y cristianas en este suelo histórico. Habíanme dicho que nada encontraría de la capital africana que persiguió Catón con furor implacable; pero no es exacto.

Ciertamente todos los materiales importantes de Túnez y de la Goleta se han sacado del recinto de Cartago, y varios pueblos en distintas épocas fueron á buscar en el emplazamiento de la ciudad destruida los mármoles de sus palacios, de sus torres y catedrales, llenando numerosos buques con zócalos, columnas y chapiteles. Sin embargo, quedan todavía señales no difíciles de reconocer.

Requiere, con todo, examinar la superficie con atención y perseverancia, y no desmayar á causa de las dis-

tancias, del ardor del sol ó lo escabroso de los senderos; de lo contrario, como á primera vista sólo aparece una llanura lisa, córrase el riesgo de no ver otra cosa que un istmo cubierto de sembrados, viñas, flores y quintas, limitado por magníficos horizontes, y una faja de aguas azules. Las ruinas históricas pasan despercebidas á los ojos del viajero poco experto, pues el arado árabe surca continuamente este suelo, lleno de fragmentos de mármol y restos de edificios.

El Sr. Massicault nos ha dado cita en su residencia de la Marsa, linda casita de verano con su pórtico árabe. Nos hace admirar el soberbio panorama de que se goza desde su mirador, y nos ofrece el delicioso fruto de sus naranjos. Para lo demás nos remite á las eruditas indicaciones del coronel Labonne, que se presta gustoso al papel de cicerone. Con tan preciosas instrucciones, y guiado por el P. Delattre, he recorrido y explorado durante dos días los escombros de la ciudad fenicia, romana y bizantina.

Polibio y Tito Livio describieron la posición de Cartago, y Estrabón confirma así su testimonio: «Está situada en una especie de península circular de trescientos sesenta estadios de circunferencia, cerrada por una muralla, que en la parte que mira al continente se extiende en una anchura de sesenta estadios de uno á otro mar. Allí se encuentran instaladas, en grandiosas construcciones, las cuadras para los elefantes.»

Apio completa así su topografía: «La ciudad, situada en la parte más interior de un extenso golfo, parece una península, unida al continente por un istmo de veinticinco estadios de anchura...» Añade que por la parte del mar la defiende un simple terraplén, y por el Norte y el continente tres murallas. Este triple recinto, que se encuentra en Tapso, en Adrumeta y en Tysdro, y aún en Constantinopla, formaba para los ingenieros griegos la base del sistema de defensa de las plazas.

La primera muralla tenía catorce metros de elevación y más de nueve de espesor, con dos pisos huecos y cubiertos; conteniendo el de abajo locales para trescientos elefantes con las provisiones necesarias al sustento de estos animales; y el de arriba establos para cuatro mil caballos, almacenes llenos de forraje y cebada, y alojamiento para veinticuatro mil hombres, entre infantes y ginetes. A sesenta metros de distancia unas de otras levantábanse torres de cuatro pisos.

El segundo recinto era un parapeto exterior menos elevado, que impedía el acceso á las murallas.

El tercero consistía en una especie de banqueta almenada, protegida por un foso.

Las murallas alcanzaban, según Tito Livio, una longitud de treinta y seis mil ochocientos doce metros, y según Paulo Orosio, de veintinueve mil quinientos cuarenta, encerrando una población de setecientos mil habitantes.

Otra línea de defensa interior partía del bastión de la Maalka, seguía la cresta de las colinas que separaban la ciudad púnica del arrabal, y terminaban junto al mar, en el extremo septentrional de los muelles exteriores. Esta línea dividía á Cartago en dos partes: al Sur, la ciudad propiamente dicha comprendía tres barrios, la Maalka, Birsa y el Foro; y encerraba numerosos templos, palacios, basílicas, un anfiteatro, un circo,

un gimnasio, un teatro, piscinas, un foro, dos curias, termas, un puerto comercial y otro militar, el Coton, debido al trabajo del hombre. Al Noroeste se extendía el arrabal de Magalia, que invadido luego por las construcciones, se convirtió en Megara, la ciudad nueva, llamada por los árabes El-Marsa. Salustio y Servio hablan de esta doble zona de la ciudad interior, cuyo centro era Byrsa, y del arrabal de Megara.

Siete puertas, entre ellas las de Tapso, Furno, Teveste, Útica y Megara, daban salida al campo, y otras cinco ponían en comunicación la ciudad con el arrabal.

Las calles eran sumamente angostas, y las casas tenían seis pisos. Tres de aquéllas nos son conocidas: de una longitud de quinientos metros, iban desde el Foro á la Ciudadela, en donde terminaban en una ancha escalera de sesenta y cuatro peldaños. Denominábanse: *Calle de la Salud*, *calle del Cielo*, y *calle de la Memoria*. Esta última se continuaba fuera del terraplén interior, en la dirección del promontorio de Sidi-Bu-Said, tomando el nombre de *calle de Mappales*. La de las *Tumbas*, que formaba con ella un ángulo recto, partía de las piscinas mayores y conducía á la montaña hueca, la necrópolis de Kamark.

Con estos datos que nos suministran los antiguos historiadores y los arqueólogos modernos, complázcome en hacer revivir á mis ojos, con la imaginación, esta famosa capital que experimentó tantas vicisitudes. Así me es más fácil reconocer sus vestigios en las desigualdades del terreno, que abundan por todas partes. Empecemos por estudiar los que ha descubierto el azadón, y que se clasifican en el Museo de Alui, en el Bardo, y especialmente en San Luís por los Padres Blancos. El P. Delattre enriquece todos los días su colección con algún nuevo descubrimiento. Todos estos objetos sacados del polvo, y que nos inician en la vida íntima de los cartagineses, transpórtannos al seno de una sociedad tan asombrosa tal vez por el profundo conocimiento de las artes como por el poder de sus ejércitos.

Vense allí mosaicos soberbios, estatuas, bustos, figuritas de mármol, de bronce, de oro y de cemento, medallas, camafeos, monedas, sortijas, piedras preciosas, sellos, joyas de sorprendente finura, collares, brazaletes, zarcillos, esmaltes, copas, ánforas, vasos de hermosa tierra roja como el ámbar, platos de cobre, antorchas, trébedes, espátulas de marfil, lámparas con el nombre del artífice, etc. Lo que más ha llamado mi atención son ciertas inscripciones en griego y en latín, perfectamente grabadas en laminillas de plomo, y en caracteres tan microscópicos que sólo son legibles con el auxilio de la lente. Contienen en su mayoría encantamientos, fórmulas mágicas, invocaciones á los espíritus infernales, proponiéndose reducir un corazón rebelde, dañar á un competidor en las carreras de caballos y las luchas del circo, vengar un amor mal correspondido, etc.

Todos estos testimonios del pasado contribuyen singularmente á representarnos las costumbres, los usos, los gustos, las creencias, las supersticiones, las virtudes y los vicios de las generaciones que fueron.

Al examinar la finura, proporción y riqueza de ciertas obras de arte, de nuevo me he hecho la pregunta que me sugirieron las ruinas de Egipto, de Balbek y de

Atenas: En lo que atañe á la arquitectura, á las artes, al bienestar, á la conservación y cuidado de la vida material, ¿somos realmente superiores á los antiguos?

No todo lo digno de interés que hay en Cartago se guarda en el Museo. El sitio mismo es admirable, uno de los más bellos sin duda del universo. Para gozar plenamente de él basta subir á la torre del faro de Sidi-Bu-Said. Es el mejor medio para formarse idea exacta de la topografía general.

El blanco y pintoresco pueblo de Sidi-Bu-Said, donde los musulmanes pretenden guardar el cuerpo de San Luís, convertido, dicen, en su última hora por el ángel Gabriel á la ley del Profeta, ofrece maravilloso aspecto si se le observa de lado ó desde la llanura. Corona un montecillo de ciento treinta metros, y se inclina hacia la ribera, de la que le separa una faja de exuberante vegetación. Las laderas proporcionaban en otro tiempo al palacio de Megara una situación envidiable, donde las azoteas, por la parte del mar, se escalonaban como las gradas de un coliseo.

El peñasco que forma el cabo de Cartago es enhiesto, con profundas grietas que ponen al descubierto la tierra, roja como una llaga sangrienta. En el fondo, ahora desierto, había una puerta colosal de cobre. Desde la prolongación exterior del muelle se podía ir al templo de Moloch y á su gigantesca estatua, cerca de la calle de Mappales. Este lugar era el más á propósito para el bárbaro sacrificio de víctimas humanas.

Recréase la vista contemplando la inmensa rada que parece quiere estrechar el continente. Encima del cabo Bon, dos puntos rosados surgen de la superficie negra: son los dos famosos peñascos de la Zembra y de la Zembreta, las antiguas Egimuras, que los árabes denominan Djiamur, donde los cartagineses y los romanos concertaron el tratado que fijaba los límites de su dominación respectiva. Numerosos desastres marítimos han hecho célebres estos dos escollos.

La ciudad de la Goleta recuéstase muellemente entre las blanquecinas aguas del lago Bahira y las verdes del mar. Más allá se prolonga envuelta en diáfanos vapores la ribera de Hammam-Lif, sumamente tortuoso en sus líneas. Las cumbres del Abd-er-Ramán, y más lejos los cenicientos picos de Zaguán, *montes Zeugitanos*, cierran el horizonte.

Por la parte de Túnez el istmo se abre en abanico, llamando la atención en primer término, las construcciones del cardenal Lavigerie, que dibujan una larga línea de mármol blanco en la verde vegetación, desde las alturas de la Marsa hasta la colina de Byrsa. En esta joya de arquitectura el estilo árabe se hermana con el gótico, sin desdeñar el romano. Más abajo el palacio del cardenal Lavigerie resalta en su inmenso marco de viñedos.

En estos lugares tranquilos y apacibles, donde los naranjos y palmeras mitigan la excesiva viveza de la luz, y donde las brisas del mar templan los ardores de un sol sobrado ardiente, se han concebido ideas fecundas y combinaciones atrevidas que contribuyen á la civilización del Africa y sorprenden á la vieja Europa. Por último sobre las ruínas de la acrópolis, en lugar del templo de Eschmún, del de Júpiter, y de los palacios del procónsul y de Dido, se levanta la soberbia Cate-

dral de San Luís (*véase el grabado de la pág. 33*), los seminarios mayor y menor, y el Carmelo, tan célebre por su Virgen de Melleha.

Las otras construcciones, como el palacio del Bey, el de la Residencia, los pueblos de la Marsa y de la Maalka, no son más que ligeros puntos grises ó blancos que se destacan entre el verdor de la llanura y la amarilla sábana de dorados espigas.

Desde mi observatorio reconstituyo, según la conformación del suelo, el plano de la ciudad púnica, y no satisfecho con esta inspección ocular, arrostrando el calor recorro todos los puntos notables.

DE PORTO-NOVO Á OYO

(Febrero-Marzo 1891)

MEMORIA DEL RDO. P. PIED, DE LAS MISIONES AFRICANAS DE LYÓN

DESDE mucho tiempo abrigaba vivos deseos de visitar el territorio que se extiende al Norte de Porto-Novu: ningún blanco lo había explorado, y los negros hablaban de él como de un país misterioso.

Los habitantes de Porto-Novu se alejan poco de los alrededores de la ciudad: los comerciantes se contentan con los productos que les traen; los consumidores encuentran en el mercado cuanto necesitan, y todos temen aventurarse en un país infestado por las bandas dahomeyanas. A excepción, pues, del territorio comprendido entre Porto-Novu, Vacon, Atchupa, Adjara y Joffi, todo lo demás es poco visitado, y más allá de Taketé enteramente desconocido.

Diferentes veces había oído hablar de una antigua vía de comunicación que, á través del reino de Ketu, unía Porto-Novu á Oyo; pero por las trazas nadie la conocía.

Con el intento de restablecer, si era posible, las relaciones entre los territorios de Porto-Novu, de Ketu y de Oyo, y de que renaciese la confianza entre nuestros negros, constantemente atemorizados por el fantasma dahomeyano, resolví ir por Ketu hasta Oyó, y regresar por el camino de Abeokuta y de Agileté.

El momento era favorable: cuatro meses hacía que Francia había firmado la paz con Dahomey, y la Misión Andéoud acababa de partir para Abomey, encargada de llevar á Behanzin los regalos del Gobierno.

Al pedir á Tofa, rey de Porto-Novu, un guía que pudiese presentarme á las Autoridades de las poblaciones del tránsito, me dijo que la única vía practicable era la de Abeokuta, y procuró disuadirme de seguir la antigua ruta. Insistí, y prometió hacerme acompañar por uno de sus larís hasta el límite del territorio que le está sometido.

A la mañana siguiente me mandó decir que se encontraban en la ciudad mensajeros del rey de Ketu, que podían servirme de guía más allá de la frontera. Fui á verlos, y fijóse la partida para el 16 de Febrero. El domingo 15, el lari del Rey, los cinco mensajeros de Ketu, cinco bagajeros y mi intérprete José Antonio, antiguo alumno de la Misión, vienen á pernoctar con nosotros, y á las cinco de la mañana siguiente emprendemos la marcha.

I.

Hasta la laguna de Atchupa, distante ocho kilómetros, el país no es otra cosa que un bosque de palmeras, mezclado con cultivos y pueblos, unos y otros menos numerosos y prósperos desde las dos guerras de 1889 y 1890. Encontramos por el camino grupos de negros que llevan á la ciudad aceite y nueces de palma.

Atravesamos la laguna en piraguas destinadas á este servicio. En la orilla opuesta disminuyen las palmeras; abundan los árboles gigantescos, como la higuera infernal y el algodónero, y encuéntranse á trechos más cortos las casas de labranza.

A las ocho y media nos detenemos en el mercado de Kuti, á quince kilómetros de Porto-Novo. Es muy fre-

A las nueve y media continuamos la marcha. Lejanos truenos nos anuncian una tormenta. Apresuramos el paso, pero á ambos lados del angosto camino espesas ramas nos impiden descubrir terreno, y no vemos sitio alguno donde guarecernos. Se desencadena de súbito un furioso viento, y cede luego para dar lugar á gruesas gotas de lluvia, que se truecan pronto en uno de esos aguaceros torrenciales de que no se tiene idea en Europa, pero que son muy frecuentes en los países tropicales.

Caminamos sin parar, y la lluvia no cede. El sendero se convierte en torrente, que vamos vadeando durante dos horas. Por fin, á cosa de medio día serénase el tiempo, pero los caminos están intransitables. Detenerme con los vestidos mojados, sería exponerme



COSTA DE BENÍN (África Occidental).—Mercado de Kuti. (Véase el texto)

cuentado, y durante una hora que en él permanecemos llegó multitud de gente de los alrededores: maíz, harina de yuca, ignames, habichuelas, pescado, vino de palmera, etc., encontrábanse allí en abundancia; lo mismo que tejidos, calabazas, cestas, piedras para moler maíz, todo dispuesto con esmero y orden, bajo cobertizos de hojas de palmera que ponían á mercaderes y mercancías al abrigo del sol y de la lluvia.

Todos estos mercados de pueblo se parecen: están situados á corta distancia de las habitaciones, en una plaza á la que por lo común dan sombra corpulentos árboles, cuyas raíces sirven de asiento á los mercaderes: codéanse los compradores, y circulan presurosos por los estrechos pasos que quedan libres de un cobertizo á otro, entre gritos y un estrépito indecible.

á contraer calenturas; así es que seguimos andando á pesar de la fatiga.

En el kilómetro veintiséis cierra el camino una estacada de tres metros de altura, formada con troncos de árboles clavados en el suelo, y yuxtapuestos con el mayor cuidado; extiéndese á derecha é izquierda, y va á perderse en un frondosísimo bosque. Una puerta de entrada, de tablas groseras, pero fuertes, cierra la entrada del pueblo de Agussa.

Franqueado el umbral, vemos sentados bajo un cobertizo á dos ó tres hombres, armados con fusiles, que día y noche montan la guardia, teniendo la consigna de vigilar á los que entran, de detener á los espías y sospechosos, y de dar la voz de alarma en caso de peligro. Precedido del lari de Tofa y seguido de mis bagajeros,

atravesamos la cerca sin ver morada alguna, pues están más lejos, á cierta distancia del camino. A quinientos metros hay otra estacada, con su correspondiente puerta, por la que se penetra en el pueblo.

Estas precauciones, que á primera vista parecen exageradas, se ven obligados los pueblos á tomarlas á causa de los ataques de Dahomey, que generalmente se apodera de ellos repentinamente, de noche y por astucia: cierto que tales defensas son insuficientes contra hordas de millares de enemigos; pero retardan su marcha, y dan tiempo á que la población se ponga en salvo. Todas las ciudades y localidades populosas del interior han adoptado este sistema de defensa; reemplazando la estacada, en los lugares descubiertos, con una trinchera y un muro de tierra.

A corta distancia dejamos á nuestra izquierda el antiguo pueblo de Syhan, destruido por Dahomey en 1883.

Desde el riachuelo Idjeré el sendero sigue por una pendiente que hace penosísima la marcha. Nadie creería que es un camino de mucho tránsito y que termina en una ciudad. El instinto de conservación mueve á los indígenas á dejarlo en el peor estado posible; de lo contrario los dahomeyanos lo aprovecharían con más frecuencia.

A la una, después de andar veintiocho kilómetros, llegamos á la puerta de Taketé. Una vez transpuesta, el camino se ensancha, y se dilata el horizonte: encontramos en una meseta magnífica, adornada de árboles de colosales dimensiones.

La ciudad de Taketé cuenta unas siete mil almas, y está dividida en veinte barrios, cada uno bajo la autoridad de un jefe que depende del rey Apado, vasallo del de Porto-Novu. Al pie de la meseta de dos kilómetros sobre la que se asienta, corren tres ríos: el Janssa, que probablemente tiene allí su origen; el Idjeré, que después de cortar al S. SO. el camino de Porto-Novu, se junta con el primero, para confluir en el Adjara, y al Este el Aguidi, que vierte sus aguas en el Addo. Los senderos de los flancos de la colina son peñascosos: de esta meseta se extraen las piedras para moler maíz que se venden en los mercados de la comarca.

Las casas, cubiertas con techos de paja, compónense como todas las de esta región, de dos, tres ó cuatro alas en ángulos rectos, provistas de galerías, espaciosas á veces, en las que hay puertas bajas y angostas que conducen á pequeñas piezas sin aire ni luz, algunas con otra abertura que dan á un patio interior. Las mujeres y los esclavos tienen cada cual su cuartito y hacen rancho á parte.

Esteras á manera de sillas llenan la galería, pues ésta es el punto de reunión, donde se reciben las visitas: el dueño de la casa se sienta por lo común en el umbral del aposento que ocupa con preferencia. Gallinas, ánades, cabras, perros y muchachos hormigean en común en los patios interiores, mientras que las mujeres, con los chicuelos á la espalda, se dedican á los quehaceres domésticos, cada una en la puerta de la habitación y en la parte de galería que le corresponde. La escena es generalmente animada y á veces ruidosa, especialmente cuando las mujeres riñen, lo que aquí como en todas partes, sucede con no poca frecuencia.

LOS ÚLTIMOS PRISIONEROS DE LOS MAHDISTAS

FUERON éstos el Rdo. P. José Ohrwalder y las Religiosas sor Chincarini y sor Venturini. De su cautiverio y evasión vamos á dar breves detalles que interesarán indudablemente á nuestros lectores.

El P. Ohrwalder encontrábase en la estación de Djebel-Delen, tribu de los nubas, al Sur del Kordofán, cuando estalló la rebelión del Mahdí.

El 15 de Septiembre de 1882 fué capturado con todo el personal de Djebel-Delen, esto es, con el P. Bonomi, dos Hermanos y tres Religiosas. Transcurridos tres días los condujeron al Boga-Djansar, campamento del Mahdí, junto á El-Obeid, capital del Kordofán, á donde llegaron el 28. Cuatro meses más tarde fueron testigos de la toma de El-Obeid. A fines de Marzo de 1883, partió el P. Ohrwalder con el ejército del Mahdí para Jartum; pero al llegar á Rahab lo separaron de sus compañeros de cautiverio y volviéronlo á El-Obeid.

El 4 de Junio de 1885 logró fugarse el P. Bonomi mientras se encarcelaba al P. Ohrwalder.

Entre tanto murió el Mahdí en Omdurmán (la nueva Jartum), y las tropas se dirigieron á dicho punto con su prisionero de El-Obeid, llegando el 24 de Abril de 1886.

El Ilmo. Sogaro, vicario apostólico del Sudán, trabajó con el mayor ahínco para libertar á los prisioneros. Al efecto, desde 1884 tuvo constantemente uno de sus misioneros en la frontera egipcia. En 1891 envió al copto Hanna, alumno de la Misión, á Wadi-Halfá, con orden de adelantarse hasta Omdurmán en compañía de un árabe escogido. Permaneció el copto en Wadi-Halfá mientras el árabe se dirigía á Dongola con objeto de informarse de las probabilidades y medios de buen éxito. Transcurrieron tres meses sin que se recibiesen noticias del mensajero. En Dongola el emir Zogal, hombre generoso y conciliador, había sido destituido, reemplazándole el emir Yunes, desvaneciéndose, por lo tanto, las esperanzas que se habían concebido. En esto, el Ilmo. Sogaro recibió en el Cairo la visita de un árabe recién llegado de Omdurmán, quien le entregó un pliego del P. Ohrwalder. Comprendió el Prelado que este mensajero era capaz de llevar socorros á los prisioneros y de contribuir á su libertad, y así le comisionó para llevar una carta á dicho Padre, en la que le animaba á huir y á confiar en el árabe.

Partió el mensajero de Korosko el 15 de Septiembre de 1891. No esperaba el P. Ohrwalder ver más á este hombre, cuando una noche se presentó á su miserable choza.

Empezáronse desde luego los preparativos. Una de las dos Religiosas, sor Concepción Corso, que había sido designada para formar parte de la evasión, acababa de morir del tifus. Tratóse de sustituirla; pero ofrecíanse serias dificultades para trasladar á otra Hermana, desde la casa de un griego donde habitaba, á la del Padre misionero. Logróse, no obstante, sin el menor contratiempo; por lo que se dispuso todo lo necesario con el mayor sigilo. El árabe, en connivencia con dos compañeros, compró cuatro camellos por

ochocientas pesetas cada uno, y los alimentó convenientemente, para que pudiesen hacer marchas forzadas.

«Fijóse la noche del 24 de Noviembre para la fuga, refiere el P. Ohrwalder. El árabe con sus dos compañeros condujo los camellos hasta nuestra choza. A las ocho salimos en silencio uno tras otro sor Catalina Chincarini, sor Isabel Venturini, una negra cristiana llamada Adila, los tres árabes y yo. Salí el último de la casa, cerré la puerta, y guardé en mi poder la llave. Como no teníamos más que cuatro camellos los montamos de dos en dos.

«Así atravesamos toda la ciudad, no deteniéndonos hasta muy lejos de poblado para acomodar las sillas. Toda la noche marchamos al trote, sin que nos reconocieran los indígenas que se dirigían á Omdurmán. Al clarear el día abandonamos el camino á fin de evitar el encuentro con los viajeros y penetramos en el desierto, á unas tres horas del río. Así continuamos nuestra fuga, aprovechando por la noche los caminos, é internándonos de día en el desierto, sin hacer alto alguno, hasta que al cabo de tres días llegamos al Norte de Beber. Allí, cerca de un lugar llamado Banga, perdimos una jornada aguardando que anochebiese para atravesar el Nilo.

«Llegada la noche, el barquero rehusó transportarnos, prometiendo hacerlo el día siguiente, lo que nos ponía en grave peligro. Felizmente, después de marcharse el barquero, dos jóvenes que allí se encontraban consintieron en pasarnos á la orilla opuesta mediante dos *taleris*.

«Continuamos nuestro viaje por el desierto, acercándonos breves momentos al río, cerca de Meschra-el-Desc, seis leguas al Sur de Abu-Hamed, para hacer provisión de agua.

«Súbitamente, y con el espanto que es de suponer, oímos detrás nuestro un ruido sospechoso. Retrocede en seguida nuestro árabe, y encuéntrase ante un centinela armado, guarda fronteriza, que se disponía á subir en su camello. Salúdale con la mano derecha, y entabló con él un diálogo que no pudimos oír por la distancia. Volvió á poco el árabe, diciendo que ni á precio de dinero se quería permitir prosiguiésemos la marcha. A esta noticia una de las Hermanas cae desvanecida. Entonces nuestros árabes cambian de táctica, y deciden deshacerse del soldado si no quiere entrar en razón y aceptar dinero. Tras prolongadas discusiones recibe por fin veinte *taleris*, y nos deja partir, prometiéndonos que no dejaría salir durante los dos días siguientes el *dauria* ó guardia, á fin de que tuviésemos tiempo de alejarnos con seguridad. Una vez libres de este peligro, entramos en el *Gran Desierto*, viajando día y noche. A nuestros camellos les quedaban ya pocas fuerzas: lozanos y gordos al partir de Omdurmán, estaban á la sazón tan flacos que no parecían los mismos (*véase el grabado de la pág. 36*), y la gastada planta de los pies no les permitía andar por un terreno pedregoso. Felizmente nos encontrábamos en un camino de arena.

«El 8 de Diciembre, al apuntar el alba de la fiesta de la Inmaculada Concepción, llegamos á Murad, el puesto más avanzado del ejército egipcio. ¡Estábamos en salvo! Después de un descanso de dos días, parti-

mos el día 10, y el 13 entrábamos en Korosko. Recibidos y tratados con la mayor benevolencia por las Autoridades militares, nos dirigimos á Assiut y de allí al Cairo, á donde llegamos el 21 de Diciembre.

«¡Gracias á Dios mil veces por la recobrada libertad!

«Merece las mayores alabanzas nuestro vicario apostólico Ilmo. Sogaro. La poderosa Inglaterra ha dejado morir á Luptón en esclavitud, y Slatin-bey continúa en poder de los fanáticos mahdistas, lo mismo que el alemán Neufeld. Nuestro Obispo no ha descansado hasta lograr la libertad de sus misioneros.»

DECRETO

DE LAS INDIAS Ó GOANA SOBRE LA BEATIFICACIÓN Ó DECLARACIÓN DEL MARTIRIO DE LOS VENERABLES SIERVOS DE DIOS RODOLFO AQUAVIVA, ALFONSO PACHECO, ANTONIO FRANCISCI Y PEDRO BERNO (SACERDOTES), Y DE FRANCISCO ARANA (COADJUTOR TEMPORAL), DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, MUERTOS POR LOS IDÓLATRAS EN DEFENSA DE LA FE CATÓLICA.

Sobre la duda si dada la aprobación del martirio y de su causa, de tal modo conste de los milagros ó signos que ilustran dicho martirio, que pueda procederse ulteriormente.

ENTRE los innumerables mártires con cuyos ejemplos de fe y fortaleza, como con piedras preciosas, se halla adornada la corona de la Esposa de Cristo, resplandecen los Vbles. Siervos de Dios Rodolfo Aquaviva, Alfonso Pacheco, Antonio Francischi, Pedro Berno y Francisco Arana, socios de la Compañía de Jesús. Pues tratando á fines del siglo XVI de levantar en Cukulino un templo al único y verdadero Dios para que se convirtiesen más fácilmente los idólatras, promovida una sedición por los sacerdotes de los ídolos, son tras-pasados con lanzas, degollados á espada, acribillados con dardos, y despedazados miembro por miembro. Mas ellos, *siguiendo al Cordero*, como dice San Agustín, *vencieron al león*; fuertes ciertamente en la fe y robustecidos con el don de la gracia divina, consiguieron la victoria nobilísima con que son celebrados los héroes cristianos sufriendo con gozo todos los tormentos de muerte para reinar con Cristo revestidos con la púrpura de su sangre. Difundiéndose latamente la fama de este martirio, y Benedicto XIV, de feliz recordación, examinadas las pruebas jurídicas, el 20 de Agosto de 1741 decretó que constabael citado martirio y de su causa. Y nuestro Santísimo Señor León Papa XIII, por decreto dado el 19 de Febrero del corriente año, concedió benignamente que la Duda que restaba acerca de los milagros ó signos que confirmaban el mismo martirio pudiese discutirse en una sola Junta ordinaria de la Sagrada Congregación de Ritos, con el voto también de los Prelados oficiales, como había concedido Pío IX, de feliz recordación, en la causa semejante de los Mártires del Japón. Reunida, pues, esta Junta el 31 de Julio de este año en el Palacio Vaticano, el Rmo. Cardenal Camilo Mazzella, Relator de la Causa, propuso la Duda: *¿Si dada la aprobación del martirio y de su causa, de tal modo consta de los milagros ó signos que ilustran el mismo martirio que pueda procederse ulteriormente?* y los Padres Cardenales y los Prelados oficiales dieron cada uno su dictamen. Sin embargo Su Santidad, oída la relación de

todo hecha por el Rmo. Cardenal Cayetano Aloisi-Mazzella, prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, aunque persuadido de la verdad de los milagros comprobados, dilató no obstante para otro día el pronunciar su juicio solemne.

Mas en este domingo en que se conmemora el Patronio de la Madre de Dios, Reina de los Mártires, y al mismo tiempo los Religiosos de la Compañía de Jesús celebran la fiesta de San Estanislao de Kostka, con el cual hizo el noviciado de la vida religiosa el Vble. Rodolfo Aquaviva, Nuestro Santísimo Señor, después de celebrado el Santo Sacrificio, se dirigió á este salón principal del Vaticano, y sentado en el solio pontificio, mandó llamar á los mencionados Cardenales Cayetano

S. EMA. EL CARDENAL LAVIGERIE

EL año 1892 ha sido de luto para las Misiones. Inauguróse con la muerte del cardenal Simeoni, jefe de la falanxe heroica de los misioneros, y sucesivamente los cardenales Manning y Mermillod; los Ilmos. Sres. Puiginier, Bonjean y Laouenan, los antiguos combatientes, la vanguardia, en una palabra, del ejército apostólico, pasan de los combates de la Iglesia de la tierra á los triunfos de la Iglesia del cielo: por último el cardenal Lavigerie termina el largo cortejo de nuestros gloriosos difuntos.



COSTA DE BENIN (Africa Occidental).—Interior de una casa de Toketé. (Pág. 42)

Aloisi-Mazzella y Camilo Mazzella, juntamente con el Rdo. P. Agustin Caprara, y á mí el infrascrito Secretario, y en presencia de todos sancionó con solemne decreto: *Que de tal modo constaba de muchos milagros que ilustran y confirman el martirio de estos venerables Siervos de Dios, que podia procederse ulteriormente, en el caso y para el efecto de que se trata.*

Y mandó que este decreto se publicase y se registrase en las Actas de la Sagrada Congregación de Ritos, en este mismo día 13 de Noviembre de 1892.—*C. cardenal, ALOISI-MAZZELLA, prefecto.*—*L. ✠ S.—VICENTE NUSSI, secretario.*

El cardenal Lavigerie nació en Saint-Esprit, junto á Bayona, el 1.º de Octubre de 1825. Hijo de padres que sólo fueron ricos en virtud, recibió en su niñez los santos ejemplos de una familia verdaderamente cristiana, y desde muy temprano mostró vocación al estado eclesiástico, la cual fué afirmándose á medida que adelantaba en años y en los estudios. Ordenóse de presbítero siendo joven todavía, y, completados los estudios, fué nombrado para la cátedra de Historia eclesiástica en la Sorbona, que regentó durante algún tiempo.

En 1860 fué enviado á las Misiones de Siria; en 1862 obtuvo el cargo de Auditor de la Rota Romana; en el Consistorio de 16 de Marzo del año siguiente fué preconizado para las iglesias episcopales unidas de

Nancy y Toul; en el de 27 de Marzo de 1867 para el arzobispado de Argel; en el de 27 de Marzo de 1882 fué creado Cardenal Presbítero del título de Santa Inés Extramuros, y habiéndose sacado, en virtud de la Bula *Materna Ecclesiae*, la antiquísima sede de Cartago del concepto de iglesia *in partibus*, y suprimido la administración apostólica de la misma, quedando así restablecida como iglesia residencial, en el Consistorio de 10 de Noviembre de 1884 se le preconizó para tan célebre iglesia, reuniendo así el cardenal Lavigerie las sedes arzobispaes de Argel y Cartago y el Primado de Africa.

Enterado de las atrocidades que se cometían diariamente en el centro del África y de los bárbaros sufrimientos á que sujetaban los negreros á los esclavos, resolvió emplear sus últimos días en predicar por Europa la guerra contra los traficantes de esclavos, y en alcanzar con la ayuda de Dios la salvación de los infelices negros. Entonces fué cuando este nuevo Pedro el Ermitaño marchó á Roma para solicitar el valioso apoyo del Padre Santo, á quien describió con elocuente indignación el espectáculo que ofrece el tráfico de los pobres esclavos, insistiendo en el número espantoso de las víctimas, y en las torturas á que se los condena.

El 24 de Mayo de 1888, contestando al discurso del Cardenal, el Papa le recomendó que nada descuidara para dar fin á ese oprobioso tráfico hasta hacer desaparecer esta llaga que deshonor al género humano. «Ya que Africa, añadió Su Santidad, es el teatro principal de un comercio tan detestable, invitamos á todos los misioneros á que consagren sus fuerzas y su misma vida á esta obra sublime de redención; y en especial manera contamos con V., señor Cardenal, para alcanzar la realización de lo que nos proponemos.»

Alentado con esta recomendación, el Cardenal anduvo de una en otra ciudad exponiendo los horrores ya manifestados al Padre Santo, ganando los corazones para su grande obra.

Predicó en Roma, Nápoles, Milán, París, Londres, Bruselas, etc., encontrando en todas partes almas dispuestas á secundar sus esfuerzos, admirando á todos el acento de horror y tristeza con que el ilustre Cardenal denunciaba las innumerables atrocidades cometidas.

Desde el púlpito donde se presentaba con tanta majestad, vestido con los hábitos pontificales, sus palabras conmovían y penetraban en los corazones al describir los horribles padecimientos que sufre el considerable número de esclavos que se venden anualmente en los mercados de las playas del Océano.

Dos consecuencias produjo la humanitaria campaña del Cardenal: en el orden diplomático la Conferencia de Bruselas, y desde el punto de vista práctico la organización de los Hermanos del Sahara.

El Primado de Africa era un apóstol de la caridad cristiana, y de la verdadera humanidad. Como tal aparecerá á los ojos de quien estudie su vida, desde la época en que siendo auditor de la Rota romana, corrió á Siria cuando la nefasta matanza de cristianos, para socorrer á los sobrevivientes, hasta el día en que dió forma militar á su Cruzada contra el salvajismo.

Doctor en letras, en teología y en derecho civil y

canónico, el cardenal Lavigerie era conde romano, canónigo de San Juan de Letrán, oficial de la Legión de Honor y de la Instrucción pública, etc.

Su arrogante figura, popularizada por el célebre retrato de Bonnat, era universalmente conocida. Hombre de gran talento y de inalterable jovialidad, al mismo tiempo era el Prelado persona de trato sencillo y agradable. Falleció en Argel el sábado 26 de Noviembre, á las doce y media de la noche. La víspera experimentó un ataque de congestión cerebral; la respiración se le hizo fatigosa. El eminente Purpurado sintió próximo su fin y pidió la Extremaunción, la que recibió con gran devoción y completo conocimiento. A las diez de la noche del sábado perdió el uso de los sentidos, en seguida entró en la agonía, y espiró suavemente en la paz del Señor, por cuya gloria tanto había trabajado en vida. Tenía setenta y siete años.

He aquí el epitafio que se pondrá sobre la tumba del cardenal Lavigerie, redactado por él mismo:

HIC
IN. SPEM. INFINITÆ. MISERICORDIÆ. REQUIESCIT
KAROLUS. MARTIALIS. ALLEMAND-LAVIGERIE
OLIM
S. R. E. PRESBYTER. CARDINALIS
ARCHIEPISCOPUS. CARTHAGINIENSIS. ET. ALGERIENSIS
NVNC. CINIS
ORATE. PRO. EO

Traducción: «Aquí descansa esperando la divina misericordia Carlos Marcial Allemand Lavigerie, que fué Presbítero Cardenal de la Santa Romana Iglesia, Arzobispo de Cartago y Argel, ahora convertido en ceniza. Rogad por él.»

En elogio del ilustre Apóstol del Africa, el cardenal Ledochowski ha dirigido al P. Burtin, procurador de las Misiones Africanas, la siguiente conmovedora carta:

«Muy reverendo Padre: He recibido con profundo dolor la triste nueva de la muerte del ilustre cardenal Lavigerie.

«Me faltan las palabras para expresar mi aflicción cuya extensión podéis apreciar, ya por la amistad íntima que á él me unía, como por el detrimento causado por su pérdida. Apenas hay necesidad de recordar sus ilustres obras y los raros y eminentes méritos que adquirió para con la Iglesia. Inflamado, en efecto, de un amor muy ardiente por las almas y de un celo no menos ardiente por la Religión, trabajó infatigablemente por la propagación entre los infieles, de la luz de la verdadera fe. Consagrado enteramente al logro de este noble fin, no perdonó medio alguno, y consagró á él todos los esfuerzos de su caridad. Lleno de compasión por la condición de aquellos que en el Africa Central yacían en las más espesas tinieblas del error, desprovistos de todos los auxilios de nuestra Religión, y viéndose ya rodeados de los ministros heréticos que se habían presentado á ellos, él emprendió, con el corazón lleno de confianza y previos los poderes necesarios, la obra de enviar obreros evangélicos para convertirlos, á costa de innumerables y grandísimos obstáculos. Dios dió tal fecundidad á sus trabajos, que llegaron á producir florecientes Misiones, y varias de ellas, renovando

los ejemplos de los primeros cristianos, sostuvieron valientemente el combate por nuestra Santa Religión, hasta coronarlo con el martirio.

«Además, el ilustre Primado de la Iglesia de Africa no se detuvo ahí. Vivamente conmovido por la miserable condición de los que se hallan reducidos á la esclavitud, y profundamente afectado por los sufrimientos de que son objeto los habitantes de ciertas regiones del Africa interior, animado al mismo tiempo del deseo de ayudar á esos desgraciados y aliviar sus males, recorrió con intrepidez las principales ciudades de Europa, demostrando toda la ignominia de la vergonzosa trata de esclavos, á fin de excitar, en nombre de la justicia y la humanidad, el corazón de los príncipes y de los pueblos para que socorriesen á aquellas poblaciones oprimidas.

«El éxito respondió á la esperanza que se tenía. Animados por la fuerza de su elocuencia, los gobernantes y los católicos del mundo entero, y en general todos los que defienden el derecho de gentes y el natural, hicieron converger sus esfuerzos á desarraigar esa trata inhumana.

«Con su actividad y su celo apostólicos fundó varias Instituciones destinadas á proveer el bien espiritual y corporal de aquellos desgraciados. Conviene no olvidar, á este propósito, que también fundó una Congregación religiosa para educar y formar ministros del Señor que, propagando la doctrina del Evangelio en las comarcas de Africa, pudiesen iluminar con la luz de la verdad divina los espíritus que son presa de ciega superstición. Y sus hijos, así formados, despreciando todo peligro, se dirigieron á las regiones tórridas del Africa, y allí propagaron y predicaron su verdadera fe, atrayendo á la Religión numerosa posteridad.

«Y como si esto no fuese bastante, se consagró á traer á nueva vida la ilustre Iglesia de Cartago, dotándola con ministros del Señor y convenientes recursos. A causa de todos estos trabajos, y de todas las adversidades que había sufrido, su salud se resintió gravemente, hasta que por fin el valiente soldado de Jesucristo dejó esta vida en el ósculo del Señor. Los misioneros de Argel lloran en él á su padre amantísimo, las sedes de Argel y Cartago á su vigilante Pastor, y toda la Iglesia al celoso Prelado de Africa.

«En cuanto á mí, comparto este inmenso dolor, ya por el afecto que me profesaba, ya porque esta Santa Congregación de la Propaganda ha perdido en él un activo y fiel ministro.

«Y mientras que lloro la muerte de tan grande hombre, pido á Dios ardientemente que en estas circunstancias os sostenga en su gracia y aumente vuestro valor para que sigáis de lleno las huellas del ilustre finado.

«De vuestra paternidad muy afectísimo servidor. — M. Card. LEDOCHOWSKI.»

CRÓNICA

España.—El viernes 6 del corriente, en el vapor correo *Santo Domingo*, salieron trece misioneros Capuchinos para Manila, continuando desde allí su viaje á las islas Carolinas y Palaos, donde van destinados por sus Superiores para consagrar la lozanía de su juventud y todas sus fuerzas á la Misión eminentemente

patriótica y civilizadora de convertir á aquellos seres incultos en buenos cristianos y mejores españoles.

Sabemos lo mucho que adelantan en su grandiosa empresa aquellos celosos Religiosos, de cuyo heroísmo y acendrado patriotismo han dado repetidas veces elocuentes pruebas.

A fuerza de trabajos y sacrificios de todo género han logrado ejercer verdadera influencia conquistando espiritualmente á muchos individuos de la isla Yap y de otras del grupo perteneciente á la Zona Occidental, en las cuales tienen ya establecidas varias escuelas muy concurridas por los naturales, á los cuales les enseñan el idioma español y les instruyen además en el cultivo de las tierras, artes y oficios y en cuanto se relaciona con la cultura intelectual y moral de la vida civilizada.

Ultimamente, con evidente riesgo de perder la vida, han enarbolado la cruz é izado á su lado el pabellón español en el grupo de las Palaos, á cuyas islas fueron en un pequeño barco que tripularon con carolinos recientemente bautizados, tomando posesión de las mismas sin ningún soldado y sin los enormes gastos y sacrificios que ocasionó la posesión de las otras islas. Allí viven en humilde choza, sin otro auxilio que el del cielo, trabajando cuanto pueden por dominar moralmente aquellos pedazos de tierra donde se hallan mancomunados los intereses de la Religión y de la patria.

Conmovedora y solemne fué la función de despedida que el mismo día 6 se celebró en la iglesia de Nuestra Señora de la Ayuda. A las nueve empezó el Divino Oficio: en el altar, que ostentaba profusa iluminación, estaban colocadas hermosas imágenes del Divino Infante, de San Francisco de Asís, del Beato Félix de Nicosia últimamente beatificado y una veneranda reliquia de San Fidel de Sigmaringa, protomártir de *Propaganda Fide* y de la esclarecida Orden Capuchina y patrón de las Misiones. Terminada la Misa, el celebrante, que era el Rmo. P. Joaquín de Llevaneras, procurador de las Misiones de Oceanía, entonó el *Veni Creator*; luego el Rdo. P. Ambrosio de Valencina, definidor de la provincia de Toledo y guardián del convento de Masamagrell, hizo un entusiasta sermón en el que explicó la misión del mártir de la fe. A continuación se cantó la antifona *Quam spetiosi sunt pedes*, durante la cual los Padres Capuchinos besaron los pies de sus hermanos los misioneros; después de esta ceremonia se cantó el salmo *In convertendo*, tomando luego el Rdo. P. Joaquín de Llevaneras el juramento á los misioneros.

Durante la piadosa función á más de los misioneros ocuparon el presbiterio el Visitador comisario general, Rdm. P. José Calasanz de Llevaneras; el provincial de Aragón, Rdo. P. Javier de Arenys de Mar; el provincial de Toledo, Rdo. P. Francisco de Benanegui, y el secretario del Visitador general y del Provincial de Aragón, Rdo. P. Ruperto de Manresa.

Por la tarde á las cuatro embarcáronse los misioneros reverendos PP. Gregorio de Peralta, José de Tirapu, Estanislao de Guernica, Bernardo de Sarriá, Querubín de Madrid, Segismundo de Gandía, Miguel de Picaña, y los HH. Carlos de Benisa, Julián de Vidaurreta, Sebastián de Sangüesa, Serafín de Gandía, Modesto de Adios, Prudencio de San Miguel.

Acudieron á despedirlos los mencionados Padres arriba expresados y numerosos amigos de la Orden. En el mismo vapor marchó también el Rdo. P. Ricart y tres Religiosos más de la Compañía de Jesús. A todos deseamos feliz viaje para que conforme á sus deseos puedan promover y dilatar á la mayor gloria de Dios la propagación de nuestra santa fe entre aquellos infelices hermanos nuestros.

Poco después de zarpar el vapor recibió el reverendo Padre Procurador general el siguiente telegrama:

«Roma, 6, 4:30 tarde.—El Padre Santo bendice amorosamente á los Padres misioneros que parten para las Carolinas, é implora de Dios gracias abundantes sobre sus apostólicas fatigas.—Cardenal Rampolla.»

Roma.—La Sagrada Congregación de la *Propaganda Fide* ha ascendido á vicariato apostólico la prefectura apostólica de Honduras-Británica (British-Honduras), en la América Central, y ha nombrado para aquel vicario con dignidad episcopal al ilustrísimo Salvador di Pietro.

—En Octubre último el Ilmo. Verjus, vicario apostólico de la Nueva Guinea, presentó varios objetos al Padre Santo que le han sido enviados en donativo por los salvajes indígenas de aquellas lejanas regiones que fueron convertidos por los misioneros, al frente de los cuales estaba el Ilmo. Verjus. Acompañaban aquellos objetos el siguiente mensaje escrito en idioma *roro*:

«A León XIII, Papa y gran Jefe.

«Oh León... nuestro Padre, eres tú el que enviaste á estos misioneros para que viniesen á iluminarnos: vinieron, sí, á santificar nuestras almas... Han señalado con vuestro nombre esta tierra y dijeron: «Esto se llamará *Puerto-León*.» He ahí ahora á los hijos de Jesús, y nuestra oración de todos los días es ésta: «Oh Jesús, da larga vida al gran León.» Hoy te enviamos en donativo nuestro *rompecabezas* y nuestros escudos, para significarte que no nos pelearemos más: te damos también nuestra *corona*, para que veas que te reconocemos como á nuestro gran Jefe. Te enviamos nuestra *bandera de paz*, para decirte que desde ahora queremos permanecer y vivir en ella: te presentamos la imagen de nuestra tierra (mapa), para significarte que somos hijos tuyos. Te lo ofrecemos escrito en nuestra lengua, para que se comprenda. Oh León, Papa y gran Jefe, pasa tus días bien. Por los hijos de Roro: *Bera, Rama, Obara.*»

Italia.—La piedad de los italianos ha levantado un magnífico monumento en honor del cardenal Guillermo Massaia, insigne misionero capuchino á quien se debe la evangelización del pueblo gula (Etiopía). Consiste en un elegante mausoleo en que se representa la figura de tan ilustre hijo de San Francisco: el Cardenal aparece sentado, viste el hábito de su Orden, y tiene á un lado el báculo, que nunca dejó, y en la mano un libro, titulado: *Mis treinta y cinco años de Misión en la Alta Etiopía*, en que el propio Cardenal ha dejado la modesta relación de sus admirables trabajos apostólicos, sus conquistas para Cristo, su cooperación á los progresos de la lingüística y geografía, y sus desvelos por el bienestar material de los infelices idólatras.

Todos los italianos consideran al cardenal Massaia como una gloria nacional; pero la Iglesia le tiene por uno de los evangelizadores contemporáneos más grandes, y este mérito eclipsa los otros, también muy brillantes, de tan preclaro Capuchino.

El monumento dedicado á perpetuar su memoria se levanta en la capilla de San Francisco del convento de Capuchinos, en la Rufinella, cerca de la ciudad de Frascati, sobre el sepulcro del eximio purpurado, y precisamente debajo del oratorio en que celebraba últimamente.

El monumento se inauguró en presencia de las Autoridades de Frascati, y con el concurso de los representantes de las Sociedades católicas. Después de bendecido por el Ilmo. Stonor, trazó en un elocuente discurso el Ilmo. Carini, prefecto de la Biblioteca Vaticana, la vida y las obras apostólicas del Cardenal. Por último, los alumnos de la Propaganda, presentes á la ceremonia, tocaron un himno en honor del fundador de una de las más importantes Misiones del continente africano.

El insigne jesuita P. Angelini, que ha pasado á mejor vida, dejó compuesta la inscripción que se lee en el monumento del Cardenal, inscripción elegantísima y del más puro gusto clásico, como todas las del renombrado epígrafista latino, y que reproducimos á continuación como el mejor sumario de la vida del esclarecido Apóstol de los galas:

VILELMO . MASSAIAE . CARDINALI
EX . ORDINE . CAPULATO . FRANCISCI . PATRIS
CUIUS . ANIMI . MAGNITUDO
IMPERVIA . AFRORUM . REGIONES . RELIGIONI
RECLUSIT . SOLE . SUB . ARDENTI . LUSTRAVIT
DYNASTARUM . FURORIM . FREGIT . INSIDIAS . ELUSIT
MINAS . EXILIA . CARCEREM . RERUM . OMNIUM
EGESTATEM . INFRA . SE . DUXIT
POSTERITATEM . SPECTANS . XXXV . ANNORUM
LABORES . LIBRIS . COMMISIT
VITAE . TOT . INTER . DISCRIMINA . TRADUCTAE
FINEM . ATTULIT . ANNUS . MDCCCLXXXIX
VIII . IDUS . SEXTILES . OCTOGESIMUS . EX . QUO . LUCEM
HAUSERAT . PLEBANAE . APUD . ALEXANDRIAM
STATELLIORUM
HEIC . URI . QUIESCIT . IN . CRISTO
MONUMENTUM . CONSTITUTUM . EST
ANTONIUS ANGELINUS E S. J.

Dinamarca.—Ha tomado posesión de una sede hace tres siglos vacante, desde el tiempo de la llamada Reforma, el Obispo de Copenhague, capital de Dinamarca. La iglesia Catedral es la de San Arpad, y este acontecimiento es uno de las que formarán época en el actual glorioso Pontificado. La honra de este inesperado suceso pertenece á la inclita Orden de Predicadores, que por antiguas tradiciones y por campañas evangélicas contemporáneas tiene escritas bellas páginas en la historia de Dinamarca.

India.—Varios discípulos de Mahoma han sido recientemente bautizados en Puna, en la presidencia de Bombay. Entre ellos se encuentra un teólogo musulmán que había hecho ya dieciséis veces la peregrinación á la Meca, y que se encontraba al frente de una escuela de dos ó trescientos niños, que se esfuerza por traer á Cristo.

—Según las más recientes noticias relativas á las Misiones católicas de Ceylán, importantísima isla-colonia de la Gran Bretaña en Asia, existen 246,000 católicos por los datos del censo de 1891. Los protestantes eran 55,000 en 1871, y el mismo número veinte años después, á pesar de que todos los empleados profesan esta secta. El P. Gallet, misionero en la isla, dice que trabajan cuanto pueden por sus respectivos cultos los musulmanes y los budhistas, éstos sobre todo, para quienes Ceylán es una tierra sagrada. El Ilmo. Pagnini ha abierto en Kandy una escuela para niñas, regida por las Hermanas del Buen Pastor, advirtiendo que no sólo las católicas, sino las protestantes y las budhistas, frecuentan el establecimiento. Los misioneros católicos predicán incesantemente en el interior de la isla contra las prácticas de la poliandria y del divorcio.

—Los progresos del Catolicismo en la India Holandesa son, desde hace algun tiempo, muy considerables. El número de los alumnos de sus escuelas es de 3,500 niños de ambos sexos. Y el total de católicos del vicariato apostólico asciende á 46,000 de los cuales existen 18,000 en Flores, 2,000 en Timor (isla que, como es sabido, pertenece por mitad á Portugal y á Holanda), y cerca de 4,000 en Menado, Key y Semba. En 1891 recibieron el Sacramento del Bautismo 237 idólatras adultos, la mayor parte budhistas.

Ecuador.—En la capital de Quito hay 21 iglesias y 13 capillas; 270 regulares de la Compañía de Jesús, San Vicente de Paul, Predicadores, Franciscanos, Agustinos, de la Merced, Salesianos y del Corazón de Jesús; 40 sacerdotes del Clero secular y 40 seminaristas ordenados de menores. Hay 900 establecimientos de instrucción pública en toda la nación, con 78,848 alumnos. En Quito hay tres hospitales, y uno en cada una de las siguientes capitales de provincia: Ibarra, Ambato, Riobamba y Babahoyo, y tres en Guayaquil, dos en Cuenca y uno en Loja. En todas las cárceles de la República no había más que 165 presos en 1891.

Noticias varias.—Se han verificado bastantes conversiones entre los coptos cismáticos del Cairo, Alejandria, Tintah, Mahala-Kedir y otras ciudades egipcias. Prepáranse otras muchas, y los que mejor conocen aquel país entienden que el porvenir del Catolicismo es muy halagüeño en la tierra de los solitarios de la Tebaida.

—Según escriben de Alepo, en una aldea vecina á dicha ciudad y denominada Idelip, cuarenta familias griegas cismáticas han manifestado sus deseos de convertirse al Catolicismo. El Delegado Apostólico ha comisionado al Padre Guardian del Colegio franciscano para que examine este asunto.

—Nuestros misioneros con sus trabajos apostólicos siguen aumentando la grey católica. Mons. Vidal, vicario apostólico de las islas Fidji (Oceanía), escribe que las conversiones al Catolicismo aumentan todos los días, y hace por vez primera prosélitos en la familia real. Toda una tribu, la de Tokatoka, compuesta de dos mil individuos, se ha convertido, y se va á fundar allí residencia é iglesia. El antiguo jefe de Suwa ha prometido con toda su tribu hacerse católico. Sólo faltan misioneros, pues la cosecha es grande y los obreros pocos.

—Acaba de publicarse en París un libro titulado *Documentos para la historia de los domicilios de la Compañía de Jesús en todo el mundo desde 1540 á 1773*, por el P. Hamy. Es un libro en extremo interesante, tanto para la historia eclesiástica, como

para la profana. En 1745 tenían los Jesuitas cinco asistencias (desde 1756 fueron ya seis), 39 provincias, que llegaron á ser 41 en 1756; 669 colegios, 61 noviciados, 173 seminarios, 335 residencias, 273 Misiones, 22,589 Religiosos, de los cuales 11,293 eran sacerdotes. Hoy se cuentan 13,000 Jesuitas, de los cuales 3,500 están dedicados á Misiones en países de paganos ó idólatras.

VARIEDADES

LOS CAZADORES DE SERPIENTES

DURANTE veinte años, la munificencia del presupuesto francés ha subvencionado con largueza la industria de los cazadores de serpientes. El Estado concedía una prima de cincuenta céntimos por cabeza de víbora, y cada año las estadísticas oficiales registraban la muerte de cincuenta mil reptiles.

Pero desde que se ha inaugurado la era de las economías, se ha reducido la prima á veinticinco céntimos.

Envalentonados por los resultados obtenidos en Francia, han dirigido los habitantes de la Silesia una petición á los poderes públicos para que se fije una partida anual en el presupuesto con destino á los cazadores de víboras.

En la Alsacia-Lorena está dotado este capítulo del presupuesto sin reparar en economías, pues la prima asciende á un franco y noventa céntimos por cabeza de serpiente. Esta generosidad ha dado sus frutos, porque no existirá seguramente en Europa un país donde la industria á que nos referimos tenga tanto desarrollo como en las provincias alemanas anexionadas.

Los ingleses han gravado también el presupuesto de la India con un crédito anual de cien mil francos próximamente, destinados á la matanza de reptiles. Por una de esas anomalías, que no son raras cuando el Estado se encarga de subvencionar una empresa, el único resultado de los sacrificios impuestos á los indios ha sido el de fomentar la cría de esos animales nocivos, que las Autoridades británicas querían destruir á todo trance.

Los indios consideran al tigre como un guarda providencial que defiende las cosechas contra los ataques de los ciervos, las liebres y los jabalíes.

Del mismo modo las serpientes son á los ojos de los indígenas algo sagrado, porque representan las encarnaciones de las personas muertas, y protegen, según ellos, á las bestias contra todas las asechanzas de sus enemigos.

Si cada año los tigres y los reptiles causan la muerte de millares de seres humanos, los indios consideran esto como un tributo que rinden los hombres á aquellos seres investidos de un poder superior é irresistible.

Por esto explícanse los numerosos obstáculos que han inutilizado los esfuerzos de los funcionarios encargados por la Administración inglesa de la destrucción de las serpientes. No hay viuda en la India que al ver una víbora deje de creer que está en presencia de su difunto esposo, y no se ponga de rodillas para solicitar perdón del compañero olvidado en el fondo de su tumba.

Algunos parias, que viven en los bosques sin religión, sin ley ni moral, han ideado una curiosa especulación en detrimento del Tesoro público.

Esa especulación consiste en la cría de serpientes para matarlas luego y llevarlas á la oficina de la Administración, donde les tienen que pagar la prima.

Todos los años las víboras muertas ascienden á una suma respetable, pero los parias tienen buen cuidado de no matar los ejemplares más aptos para la reproducción.

Gracias al clima de la India, que no puede ser más favorable á la multiplicación de los reptiles, este género de industria da resultados magníficos. Los indios más experimentados en esa empresa escogen las especies de mayor aptitud para la cría, buscan también el terreno más favorable, y de este modo su industria se desarrolla perfectamente, con algún peligro, pero con resultados tan seguros como brillantes.

UNA CIUDAD ENTERRADA

EL oficial del ejército inglés Bower ha descubierto en el Turkestán chino los restos de una ciudad enterrada.

Entre otros objetos hallados en ella ha recogido un curioso libro manuscrito, formado de cortezas de abedul, bajo una de las singulares construcciones próximas á la ciudad muerta, situada no lejos de Kuchar.

Tienen dichas construcciones de 50 á 60 pies de altura, y son de forma redonda, compuestas de adobes secados al sol y de mucha solidez.

En el interior de estos edificios existen todavía, regularmente conservados, lechos ó escaños de madera.

Los arqueólogos que con detenimiento han examinado tan originales edificios los creen oratorios budistas, donde generalmente se conservan reliquias y objetos del culto.

Las habitaciones se hallan, por lo común, al nivel del suelo, y han sido excavadas con frecuencia por los buscadores de tesoros.

A pesar de su respetable antigüedad, no se remonta el expresado libro á las primeras edades de la civilización indostánica.

Las inscripciones pertenecen á la lengua sánscrita, de tipo muy arcaico; acusan manos y fechas muy distintas, y el último fragmento se remonta quizá á principios del siglo V antes de Jesucristo, mientras el primero no pasará de medio siglo antes.

Así y todo es el *manuscrito* indio más antiguo que se conoce, y uno de los más viejos del mundo.

Consta de cincuenta y cinco *hojas*, y se reproducirá dentro de poco por la Sociedad Asiática de Bengala.

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

| | | |
|---|------|-------|
| D. Santos Fernández, de Avilés. | 2 | ptas. |
| Un anónimo. | 1 | » |
| V. J. | 0.50 | » |

Para las Misiones de Uganda

| | | |
|------------------------------|---|---|
| L. D., de Barcelona. | 2 | » |
|------------------------------|---|---|

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.